



lema del 4 de Junio



“El gobierno debe impedir que el hambre, la desnutrición y el desamparo hagan su presa en el pueblo. Esto debe ser la suprema ley económica del estado, contra la cual ninguna otra debe enfrentarse.”

EL MOVIMIENTO OBRERO CHILENO Y LA REPUBLICA SOCIALISTA DE 1932



EL MOVIMIENTO OBRERO
CHILENO Y LA REPUBLICA
SOCIALISTA DE 1932

Breve síntesis histórica

PATRICIO MASON

Colección Nueva Historia

Editorial Cambio.



PATRICIO MASON PADILLA nació el 22 de enero de 1954 en Santiago. Desde 1973 a 1975 estudia Periodismo e Historia en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Exiliado en Canadá desde mayo del mismo año, es Magister en Historia de la Universidad de Toronto. Actualmente se desempeña como traductor.

Editorial Cambio.

Colección Nueva Historia

BIBLIOTECA
CLODOMIRO ALAFYDA

**EL MOVIMIENTO OBRERO
CHILENO Y LA REPUBLICA
SOCIALISTA DE 1932**

Breve síntesis histórica

PATRICIO MASON

6265

© Nº 65.900
1986
Patricio Mason

Diagramador : Jaime González J.
Montaje : Nibaldo E. Ciero D.
Portada : Pertier

Proyectó y Supervisó la edición:
Aristóteles España.

Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 1986, en Taller
El Gráfico, Caliche 812, fono
378870, Santiago - Chile.

INDICE

<i>Prólogo</i>	5
<i>Introducción</i>	7
CAPITULO I: <i>Los orígenes de la formación social chilena</i>	15
CAPITULO II: <i>La génesis histórica de la República Socialista</i>	33
CAPITULO III: <i>Los 12 días de la República Socialista de Chile</i>	59
CAPITULO IV: <i>Evaluación y balance de un intento frustrado</i>	91
<i>Notas</i>	99
<i>Bibliografía seleccionada.</i>	107

PROLOGO

Este libro tiene por intención explicitar ciertos hechos históricos que, de manera sintetizada, dan cuenta de la formación y desarrollo del movimiento obrero chileno. Este devenir histórico es el marco general en que se intenta explicar, en sus causas mediatas e inmediatas, por qué tuvo lugar en Chile un hecho —tan relevante como ignorado por la historia— como la República Socialista de junio de 1932.

Escrito en el exilio, este recuento queda incompleto por dificultades de acceso a ciertas fuentes primarias —documentos, fotografías, publicaciones de la época— que sólo se podrían encontrar en Chile y que, en particular respecto a los hechos de 1932, habrían ampliado su alcance y contenido. Obstáculos económicos y de tiempo, por su parte, lo transformaron necesariamente en un libro de emergencia. Por lo tanto, más que un trabajo

exhaustivo, esta investigación es un intento provisorio y una invitación a profundizar los temas que quedan planteados.

“La historia es nuestra, y la hacen los pueblos”, nos dijo alguna vez Salvador Allende, y como este trabajo quiere demostrar, la constatación más somera nos enseña que es así. Durante muchos años hemos recibido una visión reduccionista de la historia que convierte el desarrollo de la humanidad en un indigesto y estático compendio de fechas, lugares y hombres célebres, planteando por implicación que los pueblos avanzan según la voluntad de importantes figuras escogidas por el destino. Desde los textos escolares, hasta una buena parte de la historiografía nacional, a los chilenos se nos ha enseñado una historia distorsionada, de dudosa objetividad en la medida que se trata de la visión que de sí mismo y de su propio desarrollo histórico tiene el sistema que la crea y propaga.

Frente a ello, el rescate de la historia de las grandes mayorías constituye una tarea importante. Esta es la intención y sentido de este aporte, que no hace más que poner frente al lector una síntesis de hechos que la historia tradicional deja de lado o interpreta de forma distinta, y que está orientada a poner en una perspectiva más informada la historia que se nos ha enseñado desde enfoques que siempre han estado lejos de ser completos, objetivos o imparciales.

P.M.

Toronto, noviembre de 1986.

INTRODUCCION

La madrugada del sábado 4 de junio de 1932, mediante una acción apoyada en las Fuerzas Armadas y encabezada por intelectuales y dirigentes revolucionarios civiles y militares, caía derrocado el Presidente Juan Esteban Montero, proclamándose la instauración de la República Socialista de Chile. Se abría así una página de particular importancia en la historia política del movimiento obrero del país y de América Latina. Aunque frustrado, fue éste un primer intento de construcción socialista que pasaría a transformarse en hito demarcatorio de singular trascendencia en el desarrollo de la clase obrera chilena, entregando experiencias y enseñanzas que tuvieron profundo impacto en la historia política nacional.

Esa mañana, en la Base Aérea de El Bosque en Santiago, el Coronel Marmaduke Grove, Comodoro del Aire y Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, se dirigía de

esta forma al oficial nombrado por el Presidente Montero como intermediario ante las fuerzas rebeldes:

Debo confirmarle, delante de todos, a mi querido amigo el General Sáez, que estamos dispuestos a rendir la vida por un solo gran ideal que a todos nos une: el establecimiento de la República Socialista de Chile. No nos guía, pues, ningún deleznable propósito personal. No aspiramos a cambiar algunos hombres por otros hombres, sino a colocar al país en el único sendero posible en esta hora, de crisis económica y moral: un Gobierno Socialista que proporcione a todos los chilenos pan, techo y trabajo, y conceda al pueblo la libertad de que siempre ha carecido bajo el dominio de la oligarquía y el capitalismo internacional. (...) Como no se trata de un levantamiento de carácter local, sino de transformar totalmente la estructura económica y social de la República, nuestra respuesta no puede ser otra que una: luchar hasta la muerte por la conquista de la libertad económica y política de todo el pueblo de Chile... está junto a nosotros la opinión del país entero, de esa enorme masa de ciudadanos que no tiene techo para cubrirse, ropa para abrigarse y un pedazo de pan para llevarse a la boca... Mi amigo el General Sáez se servirá manifestar al gobierno que exigimos su renuncia inmediata y su reemplazo por una Junta compuesta del General Puga y los señores Matte y Dávila. Si a las dos de la tarde esa Junta no se encuentra en La

Moneda, atacaremos sin vacilar, y en tal caso no respondo de las consecuencias, porque hemos hecho ya el sacrificio anticipado de nuestras vidas y no estamos dispuestos a retroceder ante ninguna consideración sentimental para implantar el régimen definitivo de la justicia y el derecho.¹

Este extraordinario experimento logró mantenerse apenas 12 días en el gobierno. Durante la noche del 16 al 17 de junio los principales jefes del movimiento fueron arrestados y deportados a la posesión chilena de Isla de Pascua.

La República Socialista de Chile, aunque efímera, fue reflejo de un fenómeno político mayor. Bajo la hegemonía de una oligarquía terrateniente de mentalidad y tradición retardataria, la clase dominante chilena había implantado un modelo de capitalismo dependiente y atrasado que, por su alto grado de dependencia respecto a los vaivenes de la economía capitalista mundial, recibía con particular fuerza el impacto de fenómenos traumáticos como la Primera Guerra Mundial y la crisis global del capitalismo —la Gran Depresión— de 1929.

Por su parte, el movimiento obrero chileno había conocido tempranamente formas organizativas con un alto contenido de clase, al punto de que al iniciarse el siglo XX existían organizaciones sindicales de diverso tipo que contaban con décadas de experiencia. El incremento masivo que experimentó la explotación de yacimientos de salitre² en el norte del país —actividad intensiva hasta el término de la Primera Guerra Mundial— había creado

condiciones para que en Chile, país eminentemente agrícola, se desarrollara aceleradamente un proletariado minero y semi-industrial que con el correr del tiempo adquirió, comparativamente, una alta conciencia de clase. La caída de la demanda mundial de salitre ocurrida al término de la guerra, sumada a la dislocación temporal del Imperio Británico —hasta entonces fuente de las principales inversiones extranjeras— que traspasó el control de la economía nacional a Estados Unidos, se unió a la catástrofe del capitalismo mundial en 1929 para crear la crisis económica más grave y profunda que se hubiera conocido en la historia del país, la que al poco tiempo se transformó en crisis moral, social y económica.

El cierre de las salitreras había causado la migración masiva de cientos de miles de obreros y sus familias hacia los centros urbanos y las regiones agrícolas del centro y sur del país en busca de fuentes de subsistencia. Esta gran masa de proletarios con conciencia de clase, espíritu de lucha y experiencia organizativa, se enfrentó al hambre, la miseria y la cesantía de los campos y ciudades, transformándose de a poco en guía y conductora del movimiento popular en importantes luchas reivindicativas que fueron la causa directa de un trascendental ascenso en la capacidad de movilización de las masas en respuesta a la crisis global en que se debatía el sistema.

El descontento generalizado alarmó e incluso alcanzó a segmentos más dinámicos de la clase dominante —la incipiente burguesía industrial y minera— quienes presionaban por reformas democráticas y la modernización del sistema, lo que los puso en contradicción con la oligarquía terrateniente de mentalidad

cavernaria y comportamiento feudal. Fue así que existieron en la época intentos de parte de los sectores más esclarecidos de la burguesía por contener y canalizar la creciente polarización del movimiento popular, siendo el más notable el primer gobierno de Arturo Alessandri Palma (1920-1925), quien ascendió al poder como representante del primer experimento populista burgués conocido en la historia política del país.

Los experimentos, sin embargo, habían fracasado, y las características particulares que el modelo capitalista había desarrollado en el caso chileno —dependencia, atraso y monoproducción— impidieron a la burguesía, en cualquiera de sus segmentos, la posibilidad de evitar la crisis económica total, y una vez producida, que ésta se generalizara al punto de transformarse en crisis global del sistema de dominación.

Al abrirse la década del 30, se había configurado un cuadro político caracterizado, por una parte, por la incapacidad manifiesta de la clase dominante para restablecer la normalidad dentro de los marcos del sistema democrático-liberal, y por otra, por un ascenso importante —aunque como se verá más adelante, aún insuficiente— en la capacidad de movilización y nivel de conciencia de la clase obrera y del movimiento popular en general. El pueblo chileno, golpeado duramente por el hambre, la miseria, la cesantía, y particularmente, por la represión indiscriminada y brutal con que los gobiernos burgueses respondían a sus demandas reivindicativas, constataba que ante la profunda crisis del sistema sólo el pueblo podría resolver los problemas que afectaban al país. Al comenzar este período, el movimiento popular chileno ya había

adquirido una identidad y peso propios en el marco político nacional, y había igualmente desarrollado una rica historia de organización y elevación progresiva de su conciencia de clase, aproximándose a pasos agigantados a formas organizativas que, dejando finalmente de lado primeros intentos de carácter reivindicativo o de reformas democráticas, se acercaban mucho más a una concepción científica de la lucha de clases y comenzaban a asumir con fuerza creciente la ideología del proletariado.

Por ejemplo, en Chile existía desde 1887 el Partido Democrático, organización que pese a tener en definitiva un carácter de oposición democrático-burguesa, había sin embargo servido de canal de expresión a corrientes importantes y tempranas de reivindicación y lucha obrera. El anarcosindicalismo, que alcanzó su máxima expresión con la conformación posterior de la organización internacionalista Industrial Workers of the World, atraía ya a fines de siglo a los sectores más conscientes y combativos del proletariado, dejando una profunda huella en la historia del proceso de desarrollo de la clase obrera chilena. Del Partido Demócrata habían salido en 1912 sus militantes obreros más conscientes para fundar el Partido Obrero Socialista, liderizados en su labor por Luis Emilio Recabarren, genial dirigente y organizador del movimiento obrero chileno. Inspirados por la Revolución Rusa y ante el quiebre de la II Internacional y la fundación de la Internacional Comunista, los militantes del Partido Obrero Socialista habían decidido, en enero de 1922 y a iniciativa de Luis Emilio Recabarren, transformarse en el Partido Comunista de Chile, Sección Chilena de la In-

ternacional Comunista.

Existían, finalmente, diversos grupos socialistas que recogían y representaban el desarrollo evolutivo de un pensamiento socialista que venía manifestándose desde el siglo pasado en sectores importantes de la clase obrera y el pueblo, el que discrepando de las posiciones ortodoxas y sectarias del Partido Comunista de aquel entonces, propugnaba la destrucción del sistema capitalista y la construcción del socialismo, inspirado en el profundo sentimiento antioligárquico y antimperialista que había permeado y caracterizado tempranamente al movimiento obrero chileno.

Fue este marco político general el que marcó la génesis del proceso que nos ocupará en las páginas siguientes. En parte como resultado de las crisis cíclicas del capitalismo mundial, y en parte por la incapacidad administrativa —pero por sobre todo, política— de una oligarquía fosilizada y de una burguesía sometida al imperialismo, el sistema capitalista de dominación había entrado en una crisis generalizada, la más profunda que había conocido el país hasta ese entonces. Esta generó un proceso de agudización de la lucha de clases y de consiguiente ascenso de la conciencia y de las luchas del movimiento popular, situaciones que —junto con otras igualmente complejas— se conjugaron para dar lugar a uno de los experimentos políticos más interesantes, importante y justo —con la excepción del Gobierno Popular de Salvador Allende— que la clase obrera chilena ha protagonizado: la República Socialista de junio de 1932.

LOS ORIGENES DE LA FORMACION SOCIAL CHILENA

El término de la guerra de independencia que liberó a Chile del dominio de la Corona Española (1818) marcó la consolidación de una clase dominante cuyo control del poder político estaba basado fundamentalmente en la tenencia de la tierra; fenómeno natural por cuanto la agricultura era la actividad económica predominante en el sistema que las nuevas naciones latinoamericanas heredaron de su pasado colonial. Los grupos dominantes en la antigua colonia entregaron temporalmente parte del poder a los jefes militares que habían conducido victoriosamente la guerra contra España, retirando apresuradamente tales privilegios una vez consolidada la independencia. Estos jefes militares, como fue el caso de Bernardo O'Higgins —reconocido como el Padre de la Patria chilena— eran hijos de familias acomodadas que sin embargo se inspiraban en los ideales libertarios y de derechos del

Cecilia Eyma

hombre adquiridos en Europa, a través de su contacto con el patriota venezolano Francisco de Miranda, quien representaba el pensamiento avanzado de la Masonería y de los filósofos liberales ingleses. Después de su estadía en España como oficiales del ejército del Rey en la guerra contra la ocupación napoleónica, jóvenes latinoamericanos de idénticos ideales como José de San Martín, Simón Bolívar y el mismo O'Higgins, habían retornado a sus países con la intención común de no sólo contribuir a la derrota del dominio español, sino inspirados además en el ideal de hacer de toda América Latina un solo y gran país.

No obstante, una vez terminado el proceso independentista en el continente, los grupos dominantes en cada una de las regiones políticas y administrativas creadas por el sistema colonial se apresuraron a clamar para sí tierras, lagos, montañas y selvas, creando fronteras que con el correr del tiempo demarcarían definitivamente los límites de entidades nacionales nuevas e independientes entre sí. El proyecto que apuntaba a construir la "Patria Grande de América Latina" fue así frustrado por la defensa de las ventajas e intereses inmediatos adquiridos por la oligarquía agraria como resultado de la independencia. En Chile, Bernardo O'Higgins —nombrado Director General, puesto máximo que antecedió a la Presidencia— fue acusado de erigirse en dictador después de promulgar varias medidas que afectaron los intereses oligárquicos, obligándosele a renunciar y a partir al destierro. O'Higgins murió exiliado en Perú sin haber podido retornar a Chile, mientras la nueva clase dominante se daba a la tarea de consolidar su poder y crear las primeras formas ins-

titucionales de la nueva república.³

La oligarquía terrateniente, que desde antes de la independencia era propietaria del poder económico, desalojó a la administración colonial de la ex Capitanía General de Chile e instauró su dominación sin alterar para nada la base de sustentación del sistema y manteniendo intactas las relaciones de producción. Desde 1818 hasta 1829, período en que se comenzó a estructurar la organización del país, se debatieron diferentes bandos en la disputa por el poder, proceso que culminó con la consolidación definitiva de la dominación de la oligarquía agraria.⁴ La aparición de la República Conservadora, que dio forma al aparato de estado nacional, consagró la hegemonía oligárquica en la Constitución de 1833 y dio un golpe de muerte a los últimos intentos unionistas americanos, dando paso a cuatro gobiernos oligárquicos conocidos en la historiografía nacional como de los Decenios,⁵ que se extendieron desde 1831 hasta 1871 en períodos consecutivos de diez años cada uno.

Durante el gobierno de los Decenios se generaron nuevas fuerzas políticas y sociales en el país. Por una parte, surgió un nuevo segmento en la clase dominante —la burguesía minera— nacida como resultado del inicio de la explotación con capitales chilenos, entre otros, de los yacimientos de minerales en la provincia boliviana de Antofagasta. Por otra, la juventud estudiantil de la época apareció con fuerza en escena postulando la democratización del sistema, inspirada en la ideología liberal. Como resultado, se inició una lucha importante en que la temática más relevante la constituía el sufragio universal, la laicización de las instituciones sociales y educa-

les, las libertades públicas y la limitación de los poderes del Ejecutivo.⁶ Uno de los grupos más radicalizados dentro de esa corriente progresista fundó en Santiago, en 1850, una organización de estudiantes y artesanos que se llamó la "Sociedad de la Igualdad", y que estuvo encabezada por los líderes juveniles Francisco Bilbao y Santiago Arcos. Este grupo desarrolló una intensa actividad de oposición al gobierno y de difusión de su ideario liberal y socialista utópico, a consecuencia de lo cual fue disuelta y se obligó a sus dirigentes a partir al exilio. La influencia del movimiento liberalizador, sin embargo, causó varias rebeliones contra el autoritarismo presidencial —en 1850, 1851 y 1859— que fueron prontamente aplastadas por las Fuerzas Armadas de la República Conservadora⁷. La aparición de preocupaciones liberalizantes en importantes sectores de la ciudadanía contribuyó a la creación de una atmósfera nacional que estimuló la paulatina democratización del país y transformó la lucha por la democracia y las libertades públicas en uno de los temas importantes de la época. Como resultado de este clima liberal, por ejemplo, se fundó en 1864 el Partido Radical, el que nació a la vida política como representante de sectores avanzados de la burguesía y de las incipientes capas medias.

La oligarquía terrateniente, por su parte, una vez rotos los lazos políticos y administrativos con el poder colonial español, procedió a establecer fuertes vínculos económicos con las potencias mundiales, y en particular, con Inglaterra. La enorme demanda de materias primas generada por el desarrollo de la Revolución Industrial en Inglaterra, así como la intensa acumulación de capitales que ésta dio

como fruto, determinaron el inicio de un acelerado proceso de expansión de los intereses coloniales y económicos del Imperio Británico, el que coincidió en parte con el ocaso de la dominación española en América Latina. Producido el nacimiento de las nuevas repúblicas, las potencias europeas entraron de lleno en la disputa por controlar la preciada pieza que éstas constituían. A causa de su mayor grado de desarrollo económico, Inglaterra aventajó a todas las demás naciones europeas en la penetración masiva de capitales, logrando apoderarse del botín abandonado por España. De esta forma, de ser colonias administradas por la Corona Española, la gran mayoría de las nuevas repúblicas pasaron a ser colonias económicas dependientes de Europa, y en particular, de Inglaterra. En el caso chileno, es un préstamo por £ 1.000.000 concedido a Bernardo O'Higgins en 1822 —precisamente por banqueros ingleses— lo que inaugura la deuda externa nacional⁸.

Las características que adquirió la génesis de la conformación social y económica durante la primera mitad del siglo XIX mostraban ya el predominio del modo de producción capitalista sin desarrollo industrial y con un alto grado de dependencia del capital imperialista, factor que conviene destacar para una adecuada comprensión del comportamiento antinacional que ha caracterizado a una burguesía que, durante más de un siglo y medio, ha buscado en la metrópoli sus patrones de conducta social, política y económica. El siguiente cuadro del comercio exterior chileno entre 1845 y 1860 ilustra elocuentemente el alto grado de dependencia temprana que se estableció con respecto a Inglaterra⁹.

EXPORTACIONES

Año	Total de exportaciones	Exportaciones a Inglaterra	o/o
1845	\$ 7.601.523	\$ 3.219.523	42
1850	12.426.269	4.129.201	33
1855	19.180.589	9.287.417	48
1860	25.451.179	14.174.691	56

IMPORTACIONES

Año	Total de importaciones	Importaciones de Inglaterra	o/o
1845	\$ 9.104.523	\$ 3.168.753	34
1850	11.788.193	4.169.160	35
1855	18.438.287	8.559.820	30
1860	22.171.566	7.748.778	34

Un índice igualmente adecuado para medir la magnitud del crecimiento de la dependencia con respecto a Inglaterra lo constituye el incremento de la deuda externa durante la primera mitad del siglo XIX. Como referente, todo el ingreso fiscal del año 1858 fue inferior a los empréstitos recibidos¹⁰.

PRESTAMOS CONTRATADOS EN INGLATERRA

	Libras	Pesos chilenos
1822	£ 1.000.000	(\$ 5.000.000)
1842	£ 934.000	(\$ 4.670.000)
1843	£ 1.399.982	(\$ 6.999.910)
1848	£ 1.554.800	(\$ 7.774.000)

En definitiva, analizar las características del ordenamiento económico de la época lleva a observar el itinerario seguido por la burguesía chilena para crear un sistema económico dependiente y subdesarrollado. Es particularmente importante notar que en el período 1840-1865 existieron condiciones objetivas, en términos de la capacidad productiva del país y del estado del mercado mundial, para que Chile hubiera pasado de exportador de productos primarios a la etapa de capitalismo industrial incipiente. Aún no se producía la crisis que posteriormente (1873-1878) afectaría el mercado mundial capitalista, de tal forma que la comercialización de productos chilenos se llevaba a cabo de manera todavía ventajosa, obteniéndose a cambio divisas para la adquisición de bienes de capital, en una época en la que la producción nacional de trigo, oro y plata aumentaba significativamente, al tiempo que se mantenía una baja tasa de crecimiento demográfico¹¹. La costa del Pacífico, por su parte, vivía una época de auge como ruta comercial obligatoria, en un momento en que faltaban varias décadas para que se construyera la ruta alternativa del Canal de Panamá, marco en el cual la Marina Mercante chilena floreció en el comercio de cabotaje en la región, llegando a contar con un total de 276 naves¹². Valparaíso, finalmente, se convirtió en uno de los puertos más importantes de la costa del Pacífico; asiento en América Latina de los bancos y casas de comercio más importantes del globo.

La existencia de todas estas circunstancias conforma un cuadro en el que hubiera sido posible proyectarse al futuro y romper los moldes aún no fraguados del capitalismo

dependiente y subdesarrollado que comenzaba a tomar forma en Chile. Con una conducción más visionaria, la burguesía podría haber aprovechado la posición de relativo privilegio del país y avanzar hacia el desarrollo industrial independiente. No obstante, liderizada por la oligarquía agraria —su segmento más atrasado— prefirió aceptar una posición en la división mundial del trabajo que condenó al país a la dependencia, al atraso, al subdesarrollo y a la monoproducción, haciéndolo invariablemente víctima de los vaivenes, crisis y depresiones del mercado capitalista mundial, a cambio de disfrutar cómodamente de los beneficios inmediatos adquiridos como clase dominante de su relación de dependencia con el imperialismo.

Fue así que, desoyendo los llamados de los sectores más esclarecidos y dinámicos de la sociedad chilena, la oligarquía abolió todas las medidas proteccionistas en vigor a la época e impulsó un librecambismo dogmático y anacrónico que destruyó cualquier posibilidad de desarrollo independiente y entregó el control efectivo de la economía nacional a los capitales extranjeros. Al cabo de algunas décadas, transformado Chile en un país dependiente y monoprodutor, una oligarquía fuertemente comprometida con los intereses del imperialismo había entregado a éste el control casi absoluto de la fuente de ingresos potenciales más vital de la economía nacional, es decir, los ricos yacimientos de cobre y salitre del norte del país. La magnitud de la debacle causada queda en evidencia al observar que —una vez levantadas las medidas proteccionistas— Inglaterra se apoderó, entre otras cosas, del comercio de cabotaje, desplazando

y eventualmente destruyendo la Marina Mercante chilena, la que sufrió el increíble descenso de 276 naves en 1860, a apenas 21 en 1868¹³.

El inicio de la década del 70 —época que estuvo marcada por una grave crisis económica del capitalismo mundial que afectó a Chile con singular dureza, especialmente durante 1873 y 1874— presenció la incorporación de la industria salitrera a la economía nacional.

El salitre —nitrato de sodio, poderoso fertilizante natural— era parte vital de la estrategia de recuperación de las tierras agrícolas de Europa, agotadas en su capacidad productiva por siglos de explotación. Los países europeos, de extensión territorial limitada que impedía la apertura de nuevas tierras agrícolas, pasaron a depender del salitre para mantener una producción agrícola acorde con el aumento de la población. Por otra parte, la expansión de los imperios europeos había creado una enorme demanda de nitrato como compuesto clave en la industria de armamentos¹⁴. Los yacimientos del norte de Chile —los depósitos de nitrato en estado natural más grandes del mundo— no estaban, sin embargo, en territorio chileno, sino que pertenecían a las provincias boliviana y peruana de Antofagasta y Tarapacá, respectivamente. La pugna por el control de estas riquezas naturales fue uno de los factores que en 1879 desencadenó el conflicto conocido como Guerra del Pacífico, que por su motivación fundamentalmente económica debe ser denominada, en rigor, como Guerra del Salitre. Chile ocupó y después anexó definitivamente ambas provincias. En el caso de la ex provincia boliviana de Antofagasta, el proceso de plena incorpora-

ción de las instalaciones salitreras a la economía nacional se llevó a cabo rápidamente y sin mayores obstáculos, a lo cual contribuyó el que desde el período de preguerra imperaban en ella capitales y trabajadores predominantemente chilenos. El caso de la ex provincia peruana de Tarapacá, sin embargo, fue mucho más complejo¹⁵. Desde una época temprana, el Estado peruano había entregado la actividad extractiva salitrera a manos de capitales privados, en cuyo control se mantuvo hasta que el gobierno del Presidente Manuel Pardo (1872-1876) obtuvo del Congreso peruano en 1875 una ley de expropiación que permitió al Estado adquirir los yacimientos privados. Los propietarios de los yacimientos fueron compensados con bonos y certificados al 8^o/o de interés anual emitidos por el gobierno, y continuaron la explotación como contratistas del Estado. La adquisición había sido acompañada por la petición de un préstamo por £ 7.000.000 solicitado a Londres con el fin de respaldar los bonos y certificados. El préstamo fue denegado, por lo que el gobierno peruano se vio imposibilitado de hacer efectivo su pago al momento de vencimiento. Esto significó que incluso antes del comienzo de la guerra en 1879, existía en manos de acreedores del Estado peruano una cantidad considerable de documentos bancarios que tenían muy pocas posibilidades reales de llegar a ser cobrados, a consecuencia de lo cual su valor sufrió una brusca depreciación que a poco de iniciado el conflicto llegaba aproximadamente al 10^o/o de su valor nominal.

Bajo estas circunstancias, casas comerciales y empresarios privados ingleses habían iniciado la adquisición masiva de bonos depre-

ciados utilizando créditos extendidos por bancos chilenos, esperando que de esa manera el Estado chileno —vencedor en la guerra— se vería obligado a reconocer la deuda del Estado peruano, so pena de causar la quiebra de las instituciones bancarias que habían hecho posible la transacción. La principal sociedad compradora estaba conformada por el inglés John Thomas North y su socio, Robert Harvey, ex tasador de las propiedades adquiridas por el gobierno peruano durante el proceso de expropiación, quien puso la información así adquirida al servicio de la empresa comercial para asegurar la compra de las mejores zonas salitreras. En 1880, el Estado chileno designó una comisión para determinar la política a seguir respecto a la industria salitrera, la que dictaminó —en concordancia con el dogmatismo librecambista que se ha señalado— que debería terminar el monopolio estatal y hacerse el traspaso del salitre a capitales privados. La recomendación se puso en práctica en 1881, efectuándose la entrega de la propiedad de las regiones salitreras a los detentores de bonos y certificados, con la simple condición de cancelar el 25^o/o de su valor nominal al Estado chileno. Un año después, se otorgaban títulos de propiedad definitiva a los especuladores ingleses que en su conjunto pasaron a dominar mayoritariamente la industria salitrera, destacándose entre ellos John Thomas North —conocido de ahí en adelante como el Rey del Salitre— personaje que había llegado a Chile 16 años antes con la ropa que llevaba puesta y diez libras esterlinas en el bolsillo¹⁶.

Consumada la entrega de las riquezas nacionales al capital extranjero, quedaba nue-

vamente en evidencia la falta de visión y sentido nacional de la burguesía chilena. En 1879, Chile había entrado en guerra con Perú y Bolivia para resolver militarmente el problema del control de la rica región salitrera. El conflicto se prolongó durante cinco años y tuvo un costo en pérdidas humanas y económicas imposible de medir. Finalmente, se había arrebatado al enemigo vencido la región en disputa y Chile pasaba a recibir los ingresos de las exportaciones de salitre. El mercado mundial, por su parte, se presentaba extremadamente favorable para una expansión acelerada de las exportaciones. De haberse producido, el usufructo del ingreso generado habría podido crear una acumulación de capital nunca vista en la historia de Chile, lo que habría hecho posible la adquisición de bienes de capital para la conformación de una base industrial a partir de la cual, sumada a la expansión de la minería, la modernización de la agricultura y la ampliación del comercio y de la banca que también habrían sido posibles, se podría haber generado un crecimiento económico de suficiente magnitud como para que el sistema productivo nacional y la burguesía chilena pasaran a transformarse en los más dinámicos y avanzados del continente.

Nada de esto se hizo. En lugar de reconocer que ante sí se encontraba el potencial económico más importante en la historia de Chile, la oligarquía clausuró la posibilidad de una entrada temprana y ventajosa a la etapa industrial, decidiendo en cambio entregar las riquezas del país al capital extranjero. Así, la única política salitrera que la burguesía chilena implementó fue la de limitarse a cobrar un derecho de exportación por quintal métrico,

gravamen que representaba una ínfima parte de su valor comercial. Sin embargo, el volumen y valor real del mineral exportado era de tal magnitud que en 1880 el solo cobro de los derechos de exportación entregaba al Estado chileno el 16^o/o de sus ingresos totales, cifra que en 1885 había aumentado al 30^o/o, y en 1890, al 44^o/o¹⁷. En un momento dado, estos ingresos llegaron a cubrir más del 50^o/o del ingreso fiscal, cifra que pone en perspectiva la real proporción de los ingresos que Chile dejó de percibir, y que en lugar de servir al desarrollo del país, crearon inmensas fortunas personales a los representantes del capital extranjero¹⁸.

Esta incorporación deformada de la industria salitrera a la economía nacional, en la cual el Estado chileno actuaba como un simple cobrador de peaje, no hizo más que aumentar la dependencia e incrementó aceleradamente la presencia del imperialismo, según queda ilustrado en el siguiente cuadro comparativo de la distribución de la propiedad salitrera en Tarapacá en 1875 y en Tarapacá y Antofagasta en 1897¹⁹.

PROPIEDAD SALITRERA

Tarapacá (1875)	o/o	Tarapacá y Antofagasta (1897)	o/o
Capitales peruanos:	54	Capitales ingleses:	43
Capitales chilenos:	18	Capitales chilenos:	16
Capitales ingleses:	14	Capitales alemanes:	13
Capitales alemanes:	8	Capitales españoles:	10
Capitales, otros	6	Capitales franceses:	8
	100		100

El Presidente José Manuel Balmaceda,

electo durante esta época, expresó las reservas que una política abiertamente entreguista hacia el capital extranjero le merecía a un sector de la burguesía²⁰. Los intentos de nacionalización de las riquezas básicas de Chile que Balmaceda propugnó fueron sistemáticamente bloqueados por el Parlamento, en el cual la oligarquía comprometida con el imperialismo contaba con la mayoría. La tensión generada a raíz de estos intentos dio lugar a una rápida polarización que desencadenó una breve pero sangrienta guerra civil, la que terminó con el suicidio de Balmaceda y la aniquilación de su proyecto. La época conocida en la historiografía nacional como la Contrarrevolución de 1891 dio paso a la limitación de las atribuciones del Poder Ejecutivo y a un considerable aumento en las del Poder Legislativo²¹.

La magnitud del daño causado al potencial de desarrollo económico de Chile es imposible calcular. Baste señalar, a modo de ilustración, que los ingresos sustraídos al usufructo nacional habían transformado a John Thomas North —“Rey del Salitre” y conspicuo representante de la dominación imperialista— en uno de los hombres más ricos del mundo. North no sólo se hizo propietario de los mejores yacimientos salitreros, sino además de toda la infraestructura de abastecimientos, insumos y servicios de la región. Controlaba el crédito a través del *The Bank of Tarapacá and London Co. Ltd.*, el transporte ferroviario mediante *The Nitrate Railways Co.*, el agua potable a través de *The Tarapacá Waterworks Co. Ltd.*, el comercio de cabotaje con *The North Navigation Collieries Co. Ltd.*, y el abastecimiento de alimentos mediante *The Nitrate Provision and Supply Co. Ltd.* Por

otra parte, las ganancias obtenidas de sus propiedades en Chile eran utilizadas en la adquisición de nuevas fuentes de ingresos en el mundo entero. North era propietario de la compañía de ventas *The Liverpool Nitrate Co.* en Inglaterra, y se hizo dueño de dos fábricas de cerveza en Francia, una fábrica de cemento en Bélgica, una empresa de tranvías en Egipto y una mina de oro en Australia. Se estima que la fortuna de North —que se había inventado un título de coronel— llegaba a los cien millones de libras esterlinas de ese entonces, riqueza inconmensurable producida a costa de la miseria, la explotación y el subdesarrollo del lejano reino chileno del Rey del Salitre²². En contraste, Luis Emilio Recabarren, organizador y dirigente del movimiento obrero, denunciaba años después en su escrito “Ricos y pobres” que en 1890 un peón chileno ganaba aproximadamente \$ 1.50 al día (1 peso = 22 peniques), bajo miserables condiciones de vida y sometido a una brutal explotación²³. Todos estos factores contribuyen a dar cuenta del inicio de un proceso acelerado de adquisición de conciencia de clase por parte del proletariado chileno, que estuvo además marcado por un profundo sentido antioligárquico y antimperialista adquirido en el enfrentamiento diario de la realidad de un país vendido por su clase dominante al mejor postor.

Las condiciones de desarrollo del capitalismo en Chile durante el siglo XX dieron lugar a una formación social y ordenamiento económico que entregaban a la clase dominante la ventaja de impedir la organización del proletariado urbano o rural como clase. La agricultura, actividad económica predominante durante el siglo, imponía una organización

productiva, distribución de la población y métodos de trabajo que presentaban enormes obstáculos para el desarrollo de la organización y conciencia de clase, y por lo tanto, para la concepción de intereses comunes y de la posibilidad de la lucha colectiva. A pesar de que se verificó una rápida tendencia al aumento de la población urbana —ésta creció de un 35% en 1875 a un 45% en 1895²⁴— la gran mayoría del país siguió, sin embargo, relacionado a la producción agrícola. Los sistemas de trabajo impuestos por los terratenientes —sumado a los condicionantes naturales de cosechas por temporada y otros— determinaban la existencia de un proletariado rural disperso a lo largo de las regiones agrícolas y sujeto a condiciones semi-feudales de vida y trabajo que impedían la concentración de trabajadores en una misma zona por períodos largos, condición favorable a la búsqueda de formas organizativas. Igualmente, el modelo económico capitalista atrasado y sin desarrollo industrial que tomó forma durante el siglo no entregó la posibilidad de la conformación temprana de un proletariado industrial de alguna importancia. El tipo clásico de trabajo no-agrícola de la época lo constituía la construcción de obras de infraestructura, tales como caminos, puentes, vías ferroviarias y otros, los que por su naturaleza breve no entregaban, por lo general, la posibilidad de organizarse al cabo de un tiempo para luchar por reivindicaciones comunes. De esta manera, fue precisamente la masificación de la actividad extractiva salitrera y su posterior incorporación territorial y económica a la vida de la nación —proceso iniciado en la preguerra y culminando hacia fines de siglo— lo que

concluyó una etapa y abrió otra en la historia del desarrollo de la clase obrera chilena.

El inicio de la explotación salitrera con capitales chilenos en Tarapacá coincidió con un período de crisis que contrajo los mercados mundiales y con el levantamiento de las medidas proteccionistas por parte del gobierno, factores que se combinaron para provocar una brusca caída en la actividad agrícola nacional. Chile, que en una época competía favorablemente en los mercados mundiales del trigo, no logró enfrentar el empuje de productores trigueros como Argentina, Australia y Canadá, y se vio forzado a reducir drásticamente la producción. Esta situación creó a su vez un vasto contingente de mano de obra desocupada que, ante la apertura de la explotación salitrera, emigró masivamente al norte en busca de trabajo. Una vez que las regiones de Tarapacá y Antofagasta fueron definitivamente incorporadas al territorio nacional, y ante el crecimiento del mercado mundial de nitratos, la presencia de trabajadores chilenos en las salitreras se masificó y consolidó, dando lugar a la primera concentración permanente de la clase obrera. De esta forma, se abrieron las compuertas para el inicio de un acelerado proceso de identificación de intereses comunes y de adquisición de conciencia de la necesidad y fuerza de la acción colectiva.

La labor extractiva y demás actividades relacionadas se hacían bajo durísimas condiciones de trabajo, muchas veces en regiones desérticas donde el día trae un calor insoporrible y con la noche cae la temperatura bajo el nivel de congelación. Las jornadas de trabajo —de hasta 12 horas— eran largas y exte-

nuantes, la explotación —que incluía hasta niños menores de 12 años— implacable, y las condiciones de vida, subhumanas. Paulatinamente, los trabajadores salitreros identificaron problemas y reivindicaciones comunes y visualizaron correctamente la necesidad imperiosa de unirse y organizarse para luchar utilizando la fuerza colectiva. La respuesta de los propietarios imperialistas y de los gobiernos burgueses —que pusieron su aparato represivo al servicio de los primeros— agudizó la lucha de clases y aceleró el proceso organizativo y de adquisición de conciencia de clase. Ello condujo a una creciente polarización que generó una serie de formas organizativas progresivamente superiores en el movimiento trabajador, lo que a su vez trajo como consecuencia que, en un período relativamente corto, la clase obrera chilena pasara de la dispersión y la impotencia a la organización y el combate, transformándose finalmente —como lo señalara Marx— de clase en sí en clase para sí. La fuerza adquirida en la lucha colectiva, así como las características particulares del tipo de relaciones sociales de producción que se establecieron, generaron una clase obrera que no sólo logró adquirir rápidamente un alto grado de conciencia de clases y combatividad, sino que además nació a la vida política inspirada por un profundo sentido antimperialista y antioligárquico.

LA GENESIS HISTORICA DE LA REPUBLICA SOCIALISTA

El inicio del proceso de cohesión de la clase obrera contribuyó a la aparición de una cantidad de formas organizativas nuevas, creadas con el propósito específico de luchar por los intereses y reivindicaciones más urgentes del movimiento trabajador. Por su parte, sectores medios de la población comenzaron a reflejar el impacto causado por el ascenso de las corrientes contestatarias en el movimiento obrero, contribuyendo a conformar un amplio sector social que entró con fuerza en la escena política nacional cuestionando abiertamente los actos y la orientación ideológica del Estado chileno. Al interior del Partido Radical, por nombrar un caso, se gestó una pugna entre una corriente conservadora —encabezada por Enrique McIver— y una corriente progresista —liderizada por Valentín Letelier— imponiéndose en definitiva esta última. Sectores medios avanzados, acompañados por un

contingente importante de obreros radicalizados, fundaron en 1887 el Partido Demócrata, organización que pasaría a jugar un importante papel en la contienda antioligárquica. Sus representantes obreros más conscientes —entre los que se contaba Luis Emilio Recabarren— buscaron entregar sentido de clase al mensaje de la organización, hecho reflejado en el combativo y lúcido llamado que el Partido Demócrata hacía a los trabajadores en su Manifiesto del Primero de Mayo de 1893:

Trabajadores y obreros demócratas de Chile: Hoy es el día en que el pueblo hambriento y desnudo formula enérgica protesta contra el orden de cosas existentes, contra la organización actual de la sociedad burguesa... Ese grito de protesta, lanzado por el oprimido que trabaja y nada tiene, es universal, no reconoce ni fronteras ni razas ni nacionalidades, y donde quiera haya explotados y explotadores, víctimas y verdugos, se presiente la formidable lucha de la igualdad económica contra la tiranía política; de la libertad social contra las usurpadas regalías de la nobleza; del egoísmo de las clases privilegiadas contra la fraternidad y contra la soberanía augusta del pueblo entero.

No queremos ser más bestias de carga flageladas por el látigo del mayoral...

Obreros explotados por el capitalista: es preciso que comprendáis que sólo bajo la roja bandera del Partido Demócrata trabajáis para vuestra redención social y económica...

¡De pie todos los explotados y oprimi-

*dos! ¡De pie todos los hambrientos y todas las víctimas! ¡Y hurra por la soberana justicia de la futura sociedad regenerada por el pueblo trabajador!*²⁵.

Estos sectores obreros se escindirían después del Partido Demócrata en respuesta a sus vacilaciones y posiciones mediatizantes, creando el Partido Anarquista —de corta duración— y el Partido Obrero Socialista, el que después pasaría a transformarse en el Partido Comunista de Chile.

Por su parte, la clase obrera concentrada en las regiones mineras —los trabajadores de la zona carbonífera del sur de Chile y especialmente los de las regiones salitreras— comenzó a forjar la unidad en organizaciones creadas espontáneamente con el fin de luchar por reivindicaciones y problemas acuciantes. Surgieron de esta forma las Mutuales Obreras, grupos concebidos como sociedades de ayuda mutua que con el paso del tiempo asumen el papel de instrumento gremial, convirtiéndose en los embriones de la organización sindical propiamente tal. En 1888, la Sociedad de Obreros de Valparaíso llevó a cabo un intento fallido para federar las Mutuales y crear una central de trabajadores. En 1890, existían ya 75 Mutuales a lo largo del país. En julio de ese año estalló una huelga general de los obreros salitreros de la Pampa del Tamarugal, promovida por el gremio de lancheros de la ciudad de Iquique, en la provincia de Tarapacá. Las reivindicaciones del movimiento eran las mejoras económicas, es decir, el pago de salarios en dinero en lugar de fichas²⁶, la libertad de comercio y la abolición de las multas impuestas arbitrariamente por las compañías.

La huelga fue brutalmente reprimida, causando muertos y heridos, sin que las peticiones de los trabajadores fueran escuchadas. En respuesta a la masacre se generó una ola de protestas en Santiago, Valparaíso y Concepción, las que fueron prontamente aplastadas por los cuerpos represivos.

En general, se observa en esta época la aparición de una multitud de formas organizativas de la clase obrera que empiezan teniendo un carácter gremial y solidario inmediato, y evolucionan rápidamente hacia formas de lucha obrera sindical y política. Igualmente, se observa una progresiva concientización en los elementos más avanzados de la clase obrera, quienes influyeron poderosamente para que adquiriera forma un pensamiento socialista, aún inmaduro, que paulatinamente fue haciendo suyo el análisis científico de la lucha de clases, en un proceso que culminó en la formación de partidos obreros que adoptaron la ideología marxista y, asumiendo sus categorías y principios, se plantearon la destrucción del orden establecido y la conformación de un Estado de trabajadores.

El proceso de organización y agitación social avanzó a pasos agigantados. En apenas cuatro años, de 1897 a 1901, surgieron cuatro nuevas organizaciones que presentaban un fuerte contenido de clase. Estas eran el Centro Social Obrero y la Unión Socialista, fundados en 1897; el Partido Obrero Francisco Bilbao, fundado en 1898, y finalmente, el Partido Socialista, creado en 1901. Aun cuando todas ellas fueron de corta duración, su sola creación demostraba con elocuencia la dinámica organizativa y de adquisición de conciencia que vivía el movimiento obrero. Así, al cele-

brarse su primer aniversario, la Unión Socialista convocó en Santiago a la gran manifestación pública con que —por primera vez en Chile— se conmemoró el 1º de Mayo, Día Internacional del Trabajo²⁷.

La ampliación del papel y carácter de las Mutuales Obreras condujo al paso a un tipo superior de organización, hecho que se concretó en la conformación de las Mancomunales Obreras. Hacia fines de siglo, se conformó en Chile la Combinación Salitrera, organización que agrupaba a capitalistas extranjeros y nacionales en la defensa de sus intereses. En respuesta a ello, el año 1900 se creó la Combinación Mancomunal de Obreros, encabezada en un principio por los gremios de lancheros, estibadores y cargadores del puerto de Iquique, extendiéndose después con rapidez por todo el norte chileno. En 1902, los obreros de Iquique paralizaron las faenas portuarias durante un mes, inaugurando la lucha sindical de la recién conformada Mancomunal de Iquique. Durante esta época existía ya una abundante prensa obrera en diferentes centros del país²⁸.

Con diferentes matices, las Mancomunales marcaron el término de la etapa de organizaciones de simple ayuda mutua y señalaron la entrada a un tipo de lucha obrera más directa y radicalizada. El avance fue vertiginoso: en 1904 se produjo la Primera Convención Nacional de las Mancomunales, con cerca de 15 organizaciones representando a unos 20.000 afiliados. En 1907, existían más de 20 mancomunales. Existió también en el movimiento obrero chileno una importante corriente anarquista que jugó un papel relevante en la conformación de organizaciones

de clase. El anarcosindicalismo chileno atrajo durante algún tiempo a los sectores obreros más conscientes, heroicos y combativos, los que en esta época conformaron las Sociedades de Resistencia, organizaciones de alta combatividad y profundo contenido clasista que sin embargo no lograron masificar su accionar, debido entre otras cosas a que —a pesar de los avances logrados— el nivel de conciencia del proletariado en general era aún insuficiente.

En 1907, una huelga general en la región de Iquique fue reprimida por tropas del ejército chileno al mando del Coronel René Silva Renard, despachado por el gobierno para aplastar el conflicto. Entre dos mil a tres mil hombres, mujeres y niños fueron asesinados en la Escuela Santa María de Iquique²⁹. La masacre fue un duro golpe que infundió temor y desmoralización, generando el repliegue de las organizaciones obreras.

El Centro Social Obrero, por ejemplo, —grupo inspirado en el programa reformista del Partido Demócrata— disminuyó sus actuaciones públicas hasta desaparecer en 1980. Las Sociedades de Resistencia, el movimiento mancomunal y las organizaciones obreras en general sufrieron una fuerte represión que eventualmente causó fragmentación y un apreciable descenso en la actividad de la clase obrera organizada.

En el plano internacional, mientras tanto, se operaban cambios trascendentales. La victoria obtenida por Estados Unidos en 1898 la guerra contra España —que selló la suerte del moribundo Imperio Español y entregó a Estados Unidos el control de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas— marcó el principio del fin de la dominación económica ejercida por

Europa, y en particular por Inglaterra, en el continente americano. Con ello, Washington anunciaba a los viejos y caducos imperios europeos que América Latina pasaba a ser área de influencia de Estados Unidos, poniendo así en práctica a plenitud la doctrina de "América para los Americanos", enunciada originalmente por el Presidente James Monroe en 1823, bajo la cual se inició un proceso de expansión acelerada de capitales norteamericanos en todo el continente. En el caso chileno, este fenómeno se tradujo en un incremento paulatino —a contar del inicio del siglo— de la presencia, influencia e inversiones provenientes de norteamérica; proceso que adquirió un ritmo acelerado al término de la Primera Guerra Mundial al darse comienzo a la explotación de la gran minería del cobre por parte de empresas estadounidenses, cuadro que coincidió con la debilitación económica y política de postguerra que afectó a los países europeos, y que terminó por consolidar definitivamente el traspaso del continente a la dominación norteamericana³⁰.

Una vez recuperado del repliegue temporal ocurrido después de los sucesos de Iquique, el movimiento obrero chileno reinició la lucha y el proceso organizativo. En 1909 se fundó la Gran Federación Obrera de Chile (FOCH)³¹, en la cual actuó Luis Emilio Recabarren desde sus principios. Originalmente constituida por trabajadores ferroviarios, pronto se sumaron a ella importantes sectores socialistas y todo el movimiento que con anterioridad se agrupaba en las mancomunales, adquiriendo así una amplia base social y un pronunciado carácter de clase. La Federación Obrera de Chile, que estaría llamada a jugar un papel insustituible

como instrumento en la lucha del movimiento obrero, alcanzó rápidamente carácter y alcance de central sindical nacional, hecho que fue definitivamente comprobado y ratificado en su Segunda Convención, realizada en 1917.

En 1912 se produjo la escisión del Partido Demócrata, retirándose de sus filas los sectores obreros más conscientes encabezados por Luis Emilio Recabarren³², obrero tipógrafo, genial organizador y lúcido dirigente obrero, ex diputado de la organización y futuro fundador del Partido Comunista. Según la declaración emitida por el grupo socialista disidente, abandonaban el Partido Demócrata a causa de sus actuaciones colaboracionistas y claudicantes que lo habían llevado a sumarse a las filas de la burguesía, traicionando los intereses de los sectores obreros que lo habían apoyado. La declaración señalaba en parte:

Porque el Partido Demócrata en su acción durante toda su existencia se ha unido a los partidos de la clase capitalista y enemigos del progreso de los trabajadores.

Porque el Partido Demócrata jamás se ha preocupado de organizar a los trabajadores para la defensa de sus intereses económicos, ni se ha preocupado de la instrucción del pueblo por medio de la conferencia o el periódico.

Porque el partido en sus diversas convenciones se ha negado a establecer un programa de reivindicaciones obreras.

Porque la doctrina socialista, más completa que la democrática, realiza de verdad la redención de los oprimidos. La doctrina democrática significa sólo hacer

el gobierno de una nación en conformidad a las ideas políticas de la mayoría de los ciudadanos. La doctrina socialista significa el perfeccionamiento de las costumbres políticas y la modificación de las costumbres económicas en forma de proporcionar a todos los medios de vivir dichosos³³.

Otros grupos socialistas disidentes también se habían separado del Partido Demócrata con anterioridad, pero habían desaparecido al poco tiempo. El genio organizativo y visión política de Recabarren impidieron la fragmentación del grupo escindido impulsando rápidamente la conformación del Partido Obrero Socialista, el que celebró su primer Congreso Nacional el 1º de mayo de 1915, fecha en la que ya tenía secciones en todo el norte chileno, Santiago, Valparaíso, Concepción y Punta Arenas.

Como reflejo de los conflictos que se vivían en el movimiento socialista mundial, apareció en Chile una tendencia anarquista que seguía los postulados de Bakunin y Kropotkin, sus ideólogos más destacados. Como se señalaba, el anarcosindicalismo atrajo a combativos sectores de la clase obrera, logrando gran arraigo entre obreros tipógrafos, zapateros, panaderos, estucadores y marítimos. En 1919 los anarcosindicalistas conformaron en el puerto de Valparaíso la Federación Obrera Regional de Chile, y en Santiago, la Unión Federal Chilena, organismos que sin embargo no lograron igualar el empuje y convocatoria que había logrado adquirir la Federación Obrera de Chile (FOCH) y funcionaron siempre en un marco limitado. En 1919 la

corriente anarquista surgió con nuevas fuerzas al constituirse como alternativa a la FOCH la Sección Chilena de la Industria Workers of the World (IWW), la cual proclamó en su congreso de fundación sus posiciones antioligárquicas, anticapitalistas y anticlericales. La combatividad y radicalización de los sectores obreros agrupados en la IWW los hizo blancos de una intensa represión gubernamental que asesinó, encarceló y expulsó del país a muchos de sus miembros y dirigentes, lo cual impidió el desarrollo de la organización pero incrementó su prestigio y convocatoria ante la clase obrera.

En 1914, el inicio de la Primera Guerra Mundial causó fracturas en el mercado mundial que tuvieron inmediata repercusión en Chile, causando desempleo y crisis económica. Sin embargo, al poco tiempo aumentó de manera considerable la demanda de nitrato para la fabricación de explosivos, creando un nuevo período de auge en la explotación salitrera que aportó un mayor ingreso a la economía nacional e indirectamente favoreció el renacimiento del movimiento obrero en las combativas regiones del norte de Chile. Sin embargo, la guerra traería posteriormente insospechadas consecuencias para la economía monoprodutora y dependiente del país. El gobierno alemán, privado del acceso a las importaciones de nitrato necesarias para su industria militar, se dio a la tarea de encontrar un sustituto para el nitrato en estado natural, cuya producción y distribución estaba controlada por un país —Inglaterra— con el cual se encontraba en guerra. Al poco tiempo, un equipo de científicos alemanes perfeccionó el sistema Haber-Bosch para producir nitrato

sintético fijando el nitrógeno del aire³⁴. Una vez terminada la guerra, la aparición del nitrato sintético en el mercado mundial marcó el principio del fin para la explotación salitrera del norte de Chile. En las palabras del historiador uruguayo Eduardo Galeano, "...y entonces un químico alemán derrotó, desde su laboratorio, a los generales que habían triunfado, años atrás, en los campos de batalla"³⁵. La caída de las exportaciones causó el cierre definitivo de la gran mayoría de las oficinas salitreras, con lo que en el transcurso de pocos años los grandes yacimientos de salitre —que hasta entonces habían constituido la fuente de ingresos más importante de la economía nacional— se transformaron para siempre en pueblos fantasmas, dejando en el hambre y la cesantía a miles de obreros y sus familias.

Al cerrarse una de las principales fuentes de trabajo en el país, se produjo una migración masiva de obreros desempleados hacia los centros urbanos y las regiones agrícolas del centro y sur del país, fenómeno que agudizó la crisis económica que vivía Chile, país monoprodutor cuyos mercados tradicionales habían desaparecido, y que no contaba con base industrial o actividad económica alternativa capaz de absorber la mano de obra desocupada. La presencia en los campos y ciudades de una gran masa obrera que buscaba trabajo sin encontrarlo y que llevó consigo experiencia de lucha, capacidad organizativa y conciencia de clase, contribuyó a cambiar drásticamente el contexto dentro del cual se desenvolvía hasta entonces el proceso de desarrollo de la clase obrera chilena. Los gobiernos nacionales se dieron amplia cuenta de este factor, y respondieron a la presión del

movimiento trabajador aplicando todo el rigor de su aparato represivo. Con ello contribuyeron a acelerar una crisis globalizada que sólo demostraba la creciente incapacidad del régimen burgués para restablecer la normalidad y preservar intacto el sistema.

Mientras tanto, en el plano internacional se vivían jornadas trascendentales para la clase obrera de todos los países. En 1917, subió al poder en Rusia la Revolución Bolchevique, creando el primer Estado de trabajadores de la historia de la humanidad. Producida la bancarrota de la II Internacional, el movimiento socialista mundial se dividió entre los socialdemócratas de Kautsky y Bernstein y los comunistas de Lenin. En 1919, al momento de conformarse en Moscú la III Internacional (Comintern), la Federación Obrera de Chile estaba discutiendo la posibilidad de fusionarse con el Partido Obrero Socialista y el Partido Demócrata para construir un Partido Laborista. Al poco tiempo, sin embargo, el Partido Demócrata se desistió de la idea y decidió plegarse a la candidatura del demagogo populista Arturo Alessandri. Ante la conformación de la Internacional Comunista, y bajo la influencia del Partido Obrero Socialista —que había empezado a considerar la posibilidad de convertirse en Partido Comunista— la FOCH resolvió incorporarse a la Internacional Sindical Roja, con sede en Moscú³⁶. El POS, por su parte, por iniciativa de Luis Emilio Recabarren, adoptó en principio, en un Congreso celebrado en Valparaíso en 1920, la resolución de convertirse en Sección Chilena de la Internacional Comunista. Esta resolución fue ratificada e implementada el 1º de enero de 1922 en un

congreso de fundación realizado en la ciudad de Rancagua, acordándose la conformación del Partido Comunista de Chile y el cumplimiento de los 21 puntos señalados para tal efecto por el Comintern³⁷. La Declaración de Principios adoptada en el Primer Congreso señalaba en su parte resolutive:

El Partido Comunista de Chile, reunido en Congreso en la ciudad de Rancagua el 1º de enero de 1922, después de ratificar su adhesión a la Internacional Comunista con sede en Moscú (siguen 6 considerandos) resuelve:

- 1º *Constituirse en Sección Chilena de la Internacional Comunista, aceptando su tesis y luchando por el triunfo de su causa de la clase proletaria;*
- 2º *Llamar al proletariado de todo el país, que forma el nervio de las distintas regiones: carbonífera, salitrera, minera, agrícola, industrial, etc., para que, en completo acuerdo se incorpore a sus filas; y*
- 3º *Desenvolverse paralelamente, en perfecta inteligencia, con la organización sindical revolucionaria, a fin de constituir un lazo indestructible en la lucha final contra el capitalismo*³⁸.

Hacia 1920, a pesar del flujo y reflujo del proceso de desarrollo de la clase obrera, ésta había establecido una presencia independiente y peso propio que le entregaban una indiscutible gravitación en la vida política nacional. En el plano político, tres organizaciones jugaban un papel agitativo y organizador importante: en lo sindical, la IWW y la

FOCH, y en la movilización de las capas medias avanzadas, la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), la que desde sus inicios libró grandes batallas libertarias junto al proletariado. En el plano económico, comenzaba a aparecer una industria liviana menor que dio origen a una incipiente burguesía industrial, ligada desde sus inicios al imperialismo. La mayor parte de la población, no obstante, estaba ligada aún en la actividad agrícola. El total de la población activa llegaba a 1.355.000 personas, de las cuales sólo 170.000 —el 12,54^o/o eran obreros no relacionados a la agricultura (80.000 obreros fabriles, 33.000 ferroviarios y 57.000 mineros). De éstos, el total de trabajadores organizados llegaba a 150.000, es decir, el 88^o/o. Estas cifras contribuyen a ilustrar el hecho de que, aun cuando los avances registrados eran considerables, el proletariado no contaba aún con el grado de desarrollo necesario para influir decisivamente en la vida política del país. A pesar de la rápida evolución de las vanguardias y de los sectores más avanzados, el nivel de conciencia de clase del proletariado en general era extremadamente heterogéneo e insuficiente, lo cual le hacía sentir fuertemente el impacto de las estrategias de la burguesía para fragmentarlo y controlarlo.

Con motivo de la campaña presidencial de 1920, se constituyó la Alianza Liberal, grupo amplio formado por segmentos de la burguesía y sectores medios que apoyó la candidatura de Arturo Alessandri Palma, demagogo liberal que implementó el primer proyecto populista conocido en Chile. Alessandri asumió la presidencia ese año con un entusiasta apoyo del movimiento popular, el que

cifró sus esperanzas en el mensaje populista del nuevo gobernante. El Partido Obrero Socialista mantuvo una posición de principios frente al candidato populista, declarando "...nuestra actitud es de lucha de clases, lo repetimos, y luchamos contra la burguesía, se presente con el ropaje que se presente"⁴⁰. La magnitud del apoyo y fervor popular fue tal, sin embargo, que un año después el mismo POS firmaba un pacto político que hizo que sus candidatos figuraran en las listas de la Alianza Liberal. No obstante, la presidencia de Alessandri y su programa populista también causaron fisuras en el bloque oligárquico-burgués, cuyos sectores más reaccionarios lo atacaban acusándolo de ser instrumento del maximalismo y del bolchevismo soviético⁴¹. El verdadero carácter del gobierno de Alessandri quedó en evidencia algún tiempo después. Los sectores populares que lo habían acompañado, conscientes de haber sido engañados por las proesas y la retórica reformista, iniciaron un amplio movimiento de protesta ante el cual el gobernante respondió ordenando la represión armada, ametrallando al pueblo en las masacres de La Coruña y San Gregorio. El ascenso creciente de la protesta popular, la oposición ciega de la oligarquía y la manifiesta incapacidad del gobierno para impedir el caos generalizado pusieron a Alessandri entre dos fuegos. Así, el 5 de septiembre de 1924 un golpe de Estado dirigido por el alto mando reaccionario destituyó y envió al exilio al Presidente, asumiendo el poder una Junta Militar. Las contradicciones existentes al interior de los grupos dominantes dieron lugar en enero de 1925 a un contragolpe de restauración dirigido por oficiales jóvenes que simpati-

zaban con Alessandri, quienes llamaron al presidente derrocado a gobernar hasta el término de su mandato. Como parte de un esfuerzo de normalización institucional, en el período que siguió a continuación se redactó, sometió a plebiscito y promulgó la Constitución Política de 1925, que se mantuvo en vigor hasta el 11 de septiembre de 1973.

La vida política chilena ha estado tradicionalmente caracterizada por el mito —creado y alentado conscientemente por la burguesía— de la constitucionalidad y carácter no deliberante de las Fuerzas Armadas. El examen acucioso de la historia nacional, sin embargo, entrega evidencia irrefutable en contrario que pone en una perspectiva real el mito señalado⁴². Así, las elecciones que se llevaron a cabo una vez terminado el mandato de Alessandri —celebradas el 22 de octubre de 1925— se realizaron bajo la mirada vigilante de los cuerpos armados. Incluso después del retorno de Alessandri, altos oficiales de las Fuerzas Armadas —entre ellos el Coronel Carlos Ibáñez del Campo, futuro dictador— mantuvieron una participación directa en la política contingente, asumiendo puestos en el gabinete y en otros niveles de gobierno.

El movimiento popular, desengañado del experimento populista y reprimido por éste, salió del inmovilismo en que se mantuvo durante el gobierno de Alessandri y conformó la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile (USRACH), la cual entregó su apoyo al candidato popular José Salas, quien obtuvo 74.091 votos. Emiliano Figueroa, representante de la burguesía, asumió la presidencia con 186.187 votos⁴³. A pesar del resultado negativo —el que dado el grado de desarrollo del

movimiento popular, difícilmente podría haber sido de otra manera— el avance reflejado en la votación obtenida por el candidato de las fuerzas populares fue muestra elocuente del descontento y voluntad de cambios de los trabajadores chilenos, quienes empezaban así a adquirir la fuerza necesaria para levantar alternativas propias que interpretaran las aspiraciones e intereses de la clase obrera. La conformación de la USRACH fue una demostración de que el descontento y la lucha reivindicativa podían volcarse en instrumentos superiores unificadores y fortalecedores del movimiento popular. En la Unión de Asalariados de Chile participaban un 45% de obreros, 20% de empleados públicos y particulares, 8% de profesionales (médicos, ingenieros, abogados, arquitectos), 20 de profesores universitarios, secundarios y normalistas), y un 7% de estudiantes universitarios⁴⁴, cuadro que entrega una imagen de la amplitud de las fuerzas sociales que conformaban el movimiento popular y que luchaban por introducir cambios trascendentales en la sociedad chilena.

La ineffectividad e incapacidad del gobierno de Emiliano Figueroa para controlar la crisis económica y política del sistema hicieron que éste presentara la renuncia al cargo en mayo de 1927, años antes de terminar su mandato. La emergencia dejó al descubierto las graves deficiencias que aún afectaban al movimiento obrero. La IWW había debilitado considerablemente a causa de disensiones internas y por la intensa represión de que fue víctima. La FOCH, por su parte, había quedado desmembrada y desmoralizada después de la masacre de La Coruña, en junio de 1925,

a la que habían seguido arrestos y condenas masivas de muchos de sus miembros y dirigentes. Así, el Coronel Carlos Ibáñez del Campo —representante conspicuo del militarismo que empezaba a hacer sentir su presencia en la vida nacional— apoyado en el poder de las Fuerzas Armadas, se hizo elegir Presidente como único candidato, obteniendo 223.741 votos⁴⁵. Ibáñez era un ardiente admirador del régimen fascista de Benito Mussolini, y bajo su gobierno florecieron las primeras manifestaciones del fascismo chileno. Este tuvo su origen en los grupos llamados “Ligas Patrióticas”, conformados principalmente en las provincias de Tarapacá y Antofagasta a partir de 1911, que promovían un ultranacionalismo estrecho y profundamente antiperuano y antiboliviano, y que llegaban incluso a formular teorías sobre la suprema superioridad racial de la nación chilena respecto a sus antiguos enemigos. A partir de 1918 las Ligas Patrióticas alcanzaron un marco de acción más amplio adquiriendo un carácter antisocialista y antiobrero que las llevó a atacar violentamente las manifestaciones políticas y sindicales del movimiento popular. En el año 1923 la Liga Patriótica de Iquique se constituyó en Partido Fascista, el que sin embargo murió al poco tiempo. A medida que se aceleraba la crisis y aumentaba el ascenso del movimiento trabajador, surgieron nuevas organizaciones que promovían un ideario fascista. En 1924 se conformó el grupo terrorista TEA (su lema era “Quema y alumbra”); en 1926 apareció el Partido Popular Corporativo; en 1927, se fundó la Vanguardia Nacional de Empleados y Obreros, un poco más tarde, el Comité Central Nacionalista, y en 1928, la Confedera-

ción Republicana de Acción Cívica, concebido como órgano corporativo de apoyo al gobierno de Ibáñez. En 1926, el diario “Justicia” informaba que en Santiago, Valparaíso, Concepción y Viña del Mar existían “centurias negras”. El diario “La Chispa”, por su parte informaba en el mismo año que “...algunos altos personajes de la sociedad santiaguina han echado las bases de una institución similar a la establecida en Italia por los fascistas”⁴⁶.

A pesar de que el fascismo chileno —que tuvo manifestaciones posteriores en la creación en 1933 del Movimiento Nacional Socialista (Partido Nazi) y otras organizaciones similares— tiene sus orígenes en esta época, los grupos conformados no pasaron de ser pequeñas células conspirativas con unas cuantas docenas de miembros. Estos, más bien, fueron la manifestación fraccional de tendencias fascistas y de ultraderecha que existían en los partidos tradicionales de la burguesía, y en particular; en el Partido Conservador. A pesar de sus inclinaciones, el intento corporativista de Ibáñez no fue, en rigor, un gobierno fascista, ni logró conformar un partido o movimiento de masas que canalizan apoyo popular para una experiencia de este tipo. Esta fue, sin embargo, una dictadura policial-represiva que, ante la incapacidad demostrada por la oligarquía para conducir el país y controlar al movimiento popular, desplazó a los tradicionales detentores del poder e intentó rescatar el modelo capitalista de explotación **militari**, descargando todo el peso de la represión sobre la clase obrera y sus organizaciones más avanzadas. La FOCH, por ejemplo, que en 1925 contaba con unos 100.000 afiliados, durante el período de Ibáñez descendió a

25.000⁴⁷. A petición de Ibáñez, expertos policíacos enviados por Mussolini reestructuraron la policía chilena, conformando el cuerpo policial militarizado de Carabineros de Chile, modelado en los Carabinieri de la Italia fascista.

Al igual que Mussolini, Ibáñez impulsó amplias reformas administrativas y vastos programas de obras públicas, apoyándose en un breve período de auge en las exportaciones de salitre que entregó ingresos inesperados a la economía nacional. Estos planes tenían la doble intención de resolver la crisis creando nuevas fuentes de trabajo, por una parte, y de modernizar y ampliar la infraestructura nacional, por otra; exigencia creada por un acelerado incremento en las inversiones de capitales norteamericanos. El desplazamiento del comercio nacional de exportación e importación desde Inglaterra a Estados Unidos que tuvo lugar en el período de postguerra causó un aumento inmediato de la presencia de capitales estadounidenses, los cuales iniciaron las prospecciones mineras que al poco tiempo condujeron al inicio de la explotación de las grandes minas de cobre de El Teniente, Potrerillos y Chuquicamata. A estos capitales ya existentes vinieron a sumarse inversiones solicitadas y garantizadas por Ibáñez, quien abrió la economía nacional a Estados Unidos. Se generó así una expansión acelerada de la industria ligera y de la explotación de recursos naturales y materias primas, contexto en el cual se inscribieron los trabajos de obras públicas y mejoramiento infraestructural emprendidos por el régimen ibañista. Hacia 1930 el 51^o/o de la población vivía en sectores rurales⁴⁸, de tal forma que el proceso

expansivo aceleró la tendencia a la urbanización y el crecimiento del proletariado y de los sectores medios. Ese mismo año las inversiones de Estados Unidos en Chile representaban alrededor del 5^o/o del total de inversiones norteamericanas en el mundo entero, y cerca del 14^o/o de las hechas en América Latina⁴⁹. Al masificarse la explotación de las reservas de cobre, y al igual que en el caso del salitre, el Estado chileno se limitó a fijar un exiguo derecho de exportación equivalente a una parte infinitesimal de su valor comercial en el mercado exterior.

Chile entró al siglo XX con una estructura económica y política que no se adecuaba a las necesidades de una sociedad moderna. La burguesía chilena, en la cual predominaba un sector oligárquico miope e inoperante, no atendió a las necesidades y potencial de crecimiento económico que habrían sido posibles, y prefirió en cambio continuar la entrega indiscriminada de la economía y recursos naturales a capitales extranjeros. El modesto grado de desarrollo industrial alcanzado, que se limitaba a la industria ligera, así como la fuerte dependencia del modelo de los altibajos del mercado capitalista mundial, consolidaron una economía caracterizada por la monoproducción, la debilidad y el desarrollo deformado. Ello, a su vez, creó condiciones para la perpetuación del subdesarrollo en un sistema condicionado por su extrema susceptibilidad a las crisis cíclicas del capitalismo mundial. En este marco, la capacidad de la oligarquía para controlar y conducir el Estado chileno disminuyó en proporción inversa al aumento de la frecuencia e intensidad de estas crisis, y a la evolución de éstas en crisis global

del sistema. Como resultado, la oligarquía terrateniente, segmento predominante de la clase proletaria desde los tiempos de la Colonia, se vio paulatinamente obligada a compartir una parte del poder con otros sectores de la burguesía y capas medias y a adoptar medidas para contener el avance del movimiento obrero, el cual alcanzó etapas sucesivamente superiores de organización y lucha y logró, en un momento dado, imponerse como fuerza social y política con presencia y programa propios, cuestionando la validez y existencia misma del sistema.

Dentro de este marco, la crisis aguda que vivía Chile —que a pesar de la militarización del gobierno no pudo ser contenida— se deterioró a un punto de gravedad extrema al producirse en 1929 la crisis mundial del sistema capitalista: la Gran Depresión. La dependencia de la economía nacional llegaba a tal punto —inversiones norteamericanas que en 1912 eran de 15 millones de dólares, habían subido a 451 millones en 1928 y 900 millones en 1930⁵⁰— que la fuerza del impacto causó una catástrofe sin precedentes en la historia nacional. Señala el historiador Hernán Ramírez Necochea:

A partir de 1929, la más violenta crisis de que haya memoria puso un fin dramático al ciclo de prosperidad que hasta entonces se había manifestado. Todos los países capitalistas, sin exceptuar uno solo, vieron desmoronarse su actividad económica; los volúmenes de su producción experimentaron drásticas reducciones, llegando a representar (en 1931) alrededor del 60% de lo que había sido

en 1929. (...) Una alteración económica sin precedentes por su magnitud y profundidad sacudía hasta los cimientos mismos de lo que parecía una sólida, inquebrantable y siempre pujante estructura económica.

La caótica situación que prevalecía en el mundo capitalista no tardó en tener sus reflejos en Chile. Aquí la crisis produjo un impacto demoledor: la producción y el comercio internacional correspondientes a 1931 descendieron en 30 y 50% respectivamente con relación a 1929; los negocios en todas sus manifestaciones decayeron hasta los más bajos niveles; hubo disminución en los ingresos fiscales y paralización de obras públicas; como consecuencia, la cesantía llegó a afectar a unos 300.000 trabajadores de toda clase, lo que significó la miseria para más de un millón de personas —casi la sexta parte de la población del país— mientras que el resto de los trabajadores vio disminuidas sus rentas y desmejoradas sus condiciones de vida y de trabajo. Además, la crisis permitió que afloraran agravados los defectos de nuestra estructura agraria retrasada, del dominio ejercido sobre nuestra soberanía económica por el imperialismo y del incipiente grado de nuestro desarrollo industrial⁵¹.

El 26 de julio de 1931, en medio de un clima de agitación y rebeldía nacional nunca visto en Chile, se producía el derrumbe de la dictadura del Coronel Carlos Ibáñez Del Campo. Asumió la vicepresidencia Manuel Trucco, quien conformó un gobierno provisio-

nal y llamó a elecciones a realizarse en septiembre. El 1º del mismo mes, sin embargo, tuvo lugar otro capítulo heroico de las luchas obreras, al igual que la República Socialista, ocultado y tergiversado por la historiografía de las clases dominantes: la insurrección de la Escuadra⁵². La madrugada del 1º de septiembre de 1931 los suboficiales y marineros de la Escuadra chilena, al ancla en el puerto de Coquimbo, tomaron control de sus barcos e iniciaron un movimiento rebelde que recibió el apoyo del resto de las unidades y buques de la Marina chilena. Constituida en Estado Mayor a bordo del acorazado Almirante Latorre, la marinería emitió un manifiesto que, al tiempo de contener reivindicaciones gremiales, pedía también la reforma agraria y la suspensión del pago de la deuda externa, habiendo una lúcida crítica del fracaso del sistema y del caos general en que estaba sumido el país. Señala Patricio Manns⁵³:

El levantamiento de la Armada no tuvo una expresión práctica espontánea. Numerosos trastornos, todos ellos de carácter político y económico, pavimentaron el camino al alzamiento naval del año 1931. La Revolución de la Escuadra se explica muy bien dentro del esquema configurado en el país en los últimos cuarenta años, y refleja entonces, de un modo inquietante, la fatiga de un reventón social, el cansancio electoral del proletariado y la inminencia de un cambio que buscaba seguir las aguas de la triunfante Revolución de Octubre.

Aplastada por la Aviación y el Ejército,

la sublevación de la Escuadra duró menos de una semana. Los marineros insurrectos fueron apresados y sometidos a Consejo de Guerra, recibiendo penas de muerte, cadena perpetua y largos años de prisión. El mismo autor aporta pruebas de un hecho revelador, pero no sorprendente: "Lo que ahora se publica por primera vez (...) es el hecho de que el gobierno solicitó el auxilio de la Escuadra Americana, en el supuesto de que la Aviación fracasara en su intento de dominar los barcos amotinados en Coquimbo"⁵⁴. Más adelante, derrotado este intento prematuro, señala Manns:

Una conclusión descuella a pesar de todo: por primera vez los trabajadores uniformados sopesaron el valor del poder que confiere la unidad. Por primera vez, plantearon la exigencia de integrarse a la otra masa sufriente de compatriotas trabajadores y buscaron a través de la acción un principio de identificación con ella y no con las clases dominantes ni con la parte de la oficialidad que las representa dentro de los institutos armados. A su vez, el pueblo caló hondo en el significado de la acción de los marineros y sus jefes, comprendiendo que es posible crear condiciones para efectuar un cambio sustancial. Quizás a partir de entonces, y siguiendo rigurosamente las alternativas del proceso histórico de nuestro pueblo, dicho proceso se hizo irreversible⁵⁵.

Meses más tarde, al proclamarse la República Socialista, los marineros y suboficiales condenados en Consejo de Guerra fueron libe-

rados al decretarse la amnistía de todos los prisioneros políticos del país. En este marco se llegó a elecciones presidenciales, en las cuales triunfó Juan Esteban Montero con 182.177 votos, resultando Arturo Alessandri en segundo lugar. En esta ocasión se registró, además, un acontecimiento de particular importancia: por primera vez, un partido obrero marxista —el Partido Comunista— presentaba sus propios candidatos a la presidencia. Las listas de los candidatos Maniel Hidalgo —por el sector trotskista— y Elías Lafferte —por el sector leninista— recibieron 1263 y 2434 votos respectivamente, marcando la primera ocasión en que una vanguardia obrera organizada y no obstante las carencias y desviaciones de la época— guiada por la ideología del proletariado, presentaba un programa y candidatos presidenciales propios a la consideración del electorado chileno. Aunque quedaba mucho camino por recorrer, eran los signos de una nueva época.

LOS 12 DIAS DE LA REPUBLICA SOCIALISTA DE CHILE

La constatación de la gravedad de la crisis, y de los sucesivos fracasos de los gobiernos nacionales para resolverla, contribuyó a que tuviera lugar una transformación cualitativa y cuantitativa de trascendencia para el movimiento obrero. Grandes masas de chilenos, que hasta entonces aceptaban sin cuestionamiento la orientación de partidos burgueses, o bien, confiaban en las promesas reformistas del populismo o de grupos de la pequeña burguesía y capas medias, comenzaron a adquirir conciencia de la falta de credibilidad política de quienes, en definitiva, se pronunciaban por la preservación de un orden a todas luces ineficiente e injusto. Bajo este estado de cosas se produjo una izquierdización relativa que, en diferentes grados, se reflejó en todos los sectores de la sociedad. El Partido Radical, por ejemplo, aprobó en 1931 un programa que postulaba el reemplazo de la propiedad

privada por la propiedad colectiva de los medios de producción⁵⁶.

Ante un cuadro de radicalización de amplios sectores del país se hacía necesario que las vanguardias organizadas del movimiento obrero asumieran su papel conductor, a objeto de entregar sentido orgánico y carácter de clase a la izquierda popular y sus luchas reivindicativas. Sin embargo la capacidad real de la clase obrera organizada para hegemonizar esta fuerza social distaba mucho de ser suficiente. La represión ibañista había afectado duramente a los instrumentos de lucha sindical clasista, por ejemplo, y éstos apenas comenzaban un embrionario proceso de reorganización. Así, en esta época se fusionó la IWW con nuevos sectores obreros para conformar la Confederación General de Trabajadores (CGT), mientras que bajo la orientación política del Partido Comunista, se reorganizó también la Federación Obrera de Chile. La FOCH, sin embargo, adolecía de posturas dogmáticas y doctrinarias que condujeron a desatar aquellas querellas intestinas en el movimiento obrero, neutralizando su potencial unificador e introduciendo en cambio el divisionismo y la fragmentación.

En el terreno de las organizaciones políticas, el Partido Comunista de Chile era el único partido revolucionario existente. Este tenía a esa época una presencia muy limitada dentro del movimiento obrero, hecho que no hacía más que reflejar el grado aún insuficiente de desarrollo de las fuerzas sociales y productivas del país, determinado a su vez por el atraso, dependencia y subdesarrollo del modelo capitalista de explotación. Al respecto señala Hernán Ramírez Necochea:

El Partido era una organización que, en 1923, contaba con unos dos mil militantes; en los años siguientes esta cantidad aumentó, para llegar a un máximo de cuatro o cinco mil a fines de 1925 y a lo largo de 1926; en los años que siguieron a 1927 —hasta 1931— la militancia experimentó severas pérdidas, debido a la situación creada por la dictadura, y a la desertión de numerosos dirigentes, incluido el Secretario General Isaías Iriarte, quien fue expulsado en 1929 por sus concomitancias con la policía y después que delató a los participantes en un ampliado del Comité Central⁵⁷.

El Partido Comunista se encontraba además aquejado por serias controversias internas, y actuaba de acuerdo a posiciones dogmáticas y sectarias que habían dañado su capacidad de convocatoria y lo habían relegado a un aislamiento considerable. Por una parte, el PCCH estaba dividido en dos grupos, reflejando la disputa entre trotskistas y stalinistas que tenía lugar en esa época en el seno del movimiento comunista mundial. Por otra, su accionar político estaba determinado por un vanguardismo optimista que intentaba trasladar los acuerdos del Comité a la realidad chilena como método seguro para causar la pronta caída del régimen capitalista, relegando a un segundo plano el análisis de las peculiaridades de la formación social, ordenamiento económico y frescos objetivos y subjetivos que actuaban como determinantes. Explica Ramírez Necochea:

La idea de que el proletariado pudiera

establecer el Gobierno Obrero, fue expresión de infantilismo revolucionario y también de sectarismo, con todo lo que éste entrañaba en cuanto a subjetivismo y desconocimiento de lo que realmente es la revolución y del camino que es preciso seguir para llegar a ella. Hubo, en consecuencia, olvido de que la revolución no se logra por medio de vociferantes declamaciones —por muy ortodoxas que ellas parezcan ni por precipitaciones que se motivan en el espontáneo o irreflexivo descontento alimentado por la impaciencia o la democracia; la revolución no se produce sólo porque un pequeño grupo se siente irrefrenablemente impelido a tratar de promoverla. (...) Se puede concluir que en la primera etapa de su existencia, en la línea política del Partido —como en todos los partidos comunistas de la época— se manifestó una desviación “izquierdista” impregnada de marcado sectarismo. (...) Inspirado en él, hasta llegó a concebirse al Partido como una especie de círculo estrecho, como “un organismo conspirativo de clase; sólo pueden militar en él los elementos probados y después de someterse a labores que el Partido les asigna como candidato”⁵⁸.

Estas deficiencias, que oscurecieron el carácter dialéctico de los procesos sociales y políticos, condujeron al Partido Comunista de Chile a posiciones ultristas y mecanicistas que privaron su análisis del necesario sentido de la dinámica nacional y lo limitaron al verbalismo revolucionario, aislándolo de los

sectores medios avanzados, de los grupos intelectuales y estudiantiles y de las demás manifestaciones de la izquierda chilena, incluyendo las corrientes socialistas de inspiración marxista, cerrando así las puertas a la conducción y orientación que la hora presente hacían necesarias. Dice Ramírez Necochea:

...en el Partido se derivó a dos actitudes inconvenientes: por un lado, a desconfiar absolutamente de toda fuerza político-social que no fuera rigurosamente proletaria o que existiera más allá de los límites del Partido y de la FOCH; por otro, a creer que el proletariado, y los trabajadores en general, constituyendo una especie de “frente de trabajadores”, debían realizar solos, aisladamente, sin enlazar con otras fuerzas, el proceso mediante el cual se realizaría la revolución social. Es decir, se tendió a que el Partido y la parte más consciente de la clase obrera se replegaran sobre sí mismos, se aislaran en una actitud de abierto desafío hacia el régimen dominante y de desconfianza hacia todos los otros sectores sociales. (...) Al juzgarse que el régimen capitalista podría ser destruido en un plazo relativamente breve, al estimarse que prevalecían condiciones objetivas y subjetivas lo suficientemente desarrolladas como para que se produjera una situación revolucionaria y que bastaba para ello la acción decidida del Partido, se forjó una ilusión que facilitó el desarrollo de un revolucionarismo infantil y de su nociva secuela, el sectarismo⁵⁹.

En este contexto político, surgieron en 1931 varios grupos de orientación socialista caracterizados por un profundo sentido anticapitalista y antimperialista, y que declararon la necesidad de realizar cambios estructurales en el sistema. Estos grupos de revolucionarios socialistas, inspirados en parte por categorías y métodos marxistas y en parte por un ideario de nacionalismo amplio y de justicia social, pasaron a ocupar un lugar destacado en el movimiento de protesta popular contra el sistema caduco e ineficaz representado en ese momento por el debilitado gobierno de Juan Esteban Montero. Estas agrupaciones fueron la Nueva Acción Pública, la Acción Revolucionaria Socialista, el Partido Socialista Marxista, el Partido Socialista Unificado y la Orden Socialista⁶⁰. Hacia mediados de 1932, la manifiesta ineptitud del gobierno de Montero, unida a la masificación de la protesta popular y la incontrolable crisis económica, crearon una atmósfera de quiebre institucional y caos político propicia al movimiento cívico-militar que poco después llevaría a la proclamación de la República Socialista de Chile.

La acción de los diferentes grupos socialistas giraba en torno a dos figuras importantes: Eugenio Matte Hurtado y Marmaduke Grove Vallejos. El primero era un trabajador intelectual y político de acción que se había dedicado por entero a la lucha por las reivindicaciones del pueblo chileno. De aguda inteligencia y brillante trayectoria, a los 34 años había alcanzado el grado de Serenísimo Gran Maestro de la Lógia Masónica de Chile, al tiempo que por las noches se dedicaba a la propagación de la cultura y la educación entre grupos de obreros que asistían a las clases

nocturnas que él mismo dictaba. En tanto que Gran Maestro de la Masonería, Matte había establecido contacto con oficiales progresistas de las Fuerzas Armadas —entre ellos Grove, también masón— y conocía su disconformidad ante la crisis del sistema. Como fundador y líder de la Nueva Acción Pública, la más importante de las agrupaciones socialistas, Matte estaba plenamente consciente de que se hacían necesarios cambios de fondo en el sistema económico y político nacional, conclusión a la que llegaba por su estrecha vinculación con el movimiento popular, lo que lo había compenetrado de sus aspiraciones y reivindicaciones más importantes. Así, Matte comenzó la conspiración para instaurar la República Socialista encabezando un Comité Revolucionario que se dio a la tarea de hacer un estudio de la realidad chilena con el objeto de preparar un programa de gobierno que diera respuesta a los problemas más graves de la situación nacional⁶¹.

Marmaduke Grove, por su parte, era un Coronel del Ejército chileno que tenía tras de sí una larga trayectoria de rebeldía ante el sistema capitalista y de simpatía y solidaridad hacia la lucha de los trabajadores chilenos. Su oposición a la dictadura de Ibáñez le había significado la expulsión del Ejército y el exilio en Argentina, desde donde había retornado clandestinamente para luchar contra el dictador. Apresado por Ibáñez, fue deportado a la posesión chilena de Isla de Pascua, desde donde se fugó, volviendo a Chile un día después del derrumbe de la dictadura. A su regreso le había sido restituido su grado militar y su puesto de Comodoro del Aire y Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea. Grove, a diferen-

cia de los oficiales caudillistas y corruptos de la época, era un luchador leal y honesto que entendía y compartía plenamente las legítimas aspiraciones de los trabajadores chilenos⁶²

Estas dos figuras fueron, respectivamente, el cerebro y líder del movimiento que derrocó al gobierno del Presidente Juan Esteban Montero y puso en práctica un intento por introducir profundos cambios sociales y políticos, el cual, por sus características, no sólo pasaría a convertirse en uno de los más interesantes experimentos tempranos de construcción socialista en el continente, sino que tendría también trascendentales consecuencias para la vida política futura del país.

El 3 de junio de 1932, la administración de Montero —debilitada e incapaz de contener la crisis, y consciente de que se preparaba su derrocamiento— intentó detener el alzamiento ordenando la destitución del Comodoro Grove bajo la acusación de complotar contra el gobierno. Grove se negó a aceptar tal medida, poniendo en marcha el movimiento insurreccional que dio comienzo a la República Socialista de los doce días. El sábado 4 de junio, apoyado en las tropas de la guarnición de Santiago —especialmente las de la Base Aérea de El Bosque y la Escuela de Infantería de San Bernardo— Grove inició el levantamiento que derrocó al gobierno de Montero, dirigiéndole el siguiente ultimátum: "Como Comandante en Jefe de las tres ramas de las Fuerzas Armadas he resuelto deponer el gobierno que usted preside y establecer en Chile la República Socialista, en cuyo nombre procedo a tomar el mando de la nación, para el pueblo de Chile, por el pueblo de Chile y

con el pueblo de Chile"⁶³. Montero renunció sin oponer resistencia, y a las ocho de la noche de ese día asumió el gobierno una Junta cívico-militar conformada por Eugenio Matte, el general retirado Arturo Puga, y Carlos Dávila, periodista y ex embajador en Washington bajo Ibáñez. En la mañana del mismo día, aviones de la Fuerza Aérea habían dejado caer sobre Santiago una proclama revolucionaria que planteaba al pueblo un programa de cambios como nunca había existido en Chile, anunciando la instauración de un sistema de gobierno que representaba los legítimos intereses de clase del movimiento popular:

El caos en que se encuentra el país a consecuencia de su total bancarrota económica nos ha movido a seguir los impulsos de nuestro patriotismo, derrocando un Gobierno nefasto de reacción oligárquica, que sólo supo servir los intereses del insaciable capitalismo extranjero, sin importarle las urgentes necesidades colectivas, la miseria de las clases productoras, la cesantía y el hambre del proletariado.

No nos guían ambiciones mezquinas ni pequeños odios: sólo perseguimos la liberación económica del país y el triunfo de la justicia social, con la instauración de la República Socialista de Chile, alentada por un alto espíritu de nacionalismo constructivo que asegure a todos los chilenos el derecho a la vida por medio del trabajo productor.

El nuevo régimen al cual damos toda nuestra adhesión, poniéndonos al servicio de un irresistible anhelo popular,

*asegurará la organización de la Economía Nacional bajo el control del Estado; disciplinará las fuerzas productoras y hará surgir, mediante una acción enérgica, las riquezas chilenas, no para satisfacer la codicia egoísta de una oligarquía corrompida, sino para bienestar y salud del pueblo*⁶⁴.

Se constituyó un gabinete en el cual Marmaduke Grove fue designado Ministro de Defensa, y que quedó constituido de la siguiente forma: Educación; Eugenio González; Secretario General de Gobierno, Oscar Schnake; Hacienda, Alfredo Lagarrigue; Tierras y Colonización, Carlos Martínez; Salubridad Pública, Oscar Cifuentes; Interior, Rolando Merino; Relaciones Exteriores y Comercio, Luis Barriga; Justicia, Pedro Fajardo; Fomento, Víctor Navarrete; Agricultura, Nolasco Cárdenas; y Trabajo, Ramón Álvarez. De éstos, González y Schnake pertenecían a la Acción Revolucionaria Socialista; Lagarrigue, Martínez, Cifuentes, Merino y Barriga eran miembros de la Nueva Acción Pública —el grupo de Matte— mientras que Fajardo, Navarrete y Cárdenas eran alessandristas, y Álvarez, davilista⁶⁵. La heterogénea composición del gabinete era reflejo de las debilidades del nuevo gobierno. Esta era una época en la que el concepto "socialismo" tenía variadas acepciones, no todas en conformidad con el rigor científico con que la define el pensamiento marxista. Esto, por una parte, determinó que incluso el demagogo Alessandri, para sus propios fines, prestara un entusiasta apoyo inicial a la República. Por otra, las debilidades inherentes a un levanta-

miento idealista que se tomaba el poder invocando legítimamente el nombre del pueblo, pero —y esta fue una de las razones de su fracaso— sin movilizarlo en la defensa del terreno ganado, obligaron a Matte y a Grove a aceptar en el gabinete y en la Junta de Gobierno la imposición de individuos que fueron una quintacolumna del capital nacional y extranjero, y que a los pocos días comprometieron su participación en un contragolpe reaccionario que derrocaría el primer intento por construir en Chile un estado de trabajadores.

El domingo 5 de junio, después de la agitada primera reunión del Consejo de Estado —compuesto por la Junta de Gobierno, el gabinete, subsecretarios y asesores— se emitió un manifiesto en que se señalaba a la ciudadanía los propósitos de la República Socialista⁶⁶.

El nuevo gobierno afrontará con energía la resolución de los problemas sociales, económicos y políticos de Chile. No entrabarán su acción mezquinas consideraciones personales o partidaristas, y estará lejos de cualquier influencia que vaya en menoscabo de su fuerza moral. Sólo tendrá en vista el cumplimiento de sus propósitos fundamentales: organizar técnicamente la fuerza productora bajo el control del Estado, establecer ampliamente la justicia social y asegurar a todos los chilenos el derecho a la vida y al trabajo.

Pretendemos iniciar la construcción de una sociedad mejor que la actual, dentro de las limitaciones naturales que imponen los recursos del país y sus condicio-

nes históricas. Queremos imprimir a todas las actividades nacionales un ritmo de energía, de juventud, de eficiencia y de disciplina.

Para evitar la injusticia que significa la desigual repartición de la riqueza, se modificará el sistema tributario, gravando las grandes rentas.

El Comité Revolucionario creado por Matte había redactado un exhaustivo programa de radicales transformaciones en lo económico, político y social, el que pasó a convertirse en el Programa de Gobierno de la República Socialista. Bajo la consigna de "Alimentar al pueblo, vestir al pueblo y domiciliar al pueblo", el Programa de Acción Económica Inmediata del nuevo gobierno condenaba la inhumanidad del sistema capitalista y la entrega de la riqueza nacional al capital extranjero, señalando medidas concretas y fijando la orientación general del nuevo régimen. El Programa de Gobierno decía en parte⁶⁷:

Durante la evolución capitalista de occidente, nuestro país se ha ido transformando, cada vez más, en una colonia económica, explotada en comandita, a la cual se ha mantenido dentro de un régimen de libertad política más aparente que real. (...) Todo ha sido entregado sistemáticamente al extranjero. (...) Nuestra clase privilegiada ha vivido embriagada por los lujos y la molicie que le proporcionaba el capitalismo extranjero a cambio de nuestras riquezas naturales y de la miseria del pueblo. Por eso en la advenediza burguesía de Chile más que

en ningún país que se diga libre, se ha evidenciado un mayor respeto por todo lo que no es nacional. Ahora, cuando el empuje del capitalismo extranjero se encuentra casi detenido por la crisis mundial, el país despierta y se da cuenta de la terrible realidad. Semejamos el campamento de una mina cuya explotación haya sido paralizada por sus dueños. (...) Es de la gravedad misma del mal de donde ha de surgir el remedio que liberará definitivamente al pueblo chileno de la explotación irritante del capitalismo internacional. Pero el remedio debe ir más allá, debe liberarlo también de la explotación vergonzosa del capitalismo nacional al servicio del extranjero. (...) El oficio de los gobiernos políticos ha quedado reducido al de simples espectadores del desconcierto económico, cuando no al de cómplices del Imperialismo Capitalista. (...) En la hora presente corresponde a los gobiernos intervenir en la gestión económica, a fin de evitar las luchas entre los individuos, reestablecer la justicia y la equidad en el sentido socialista y de regular la producción y el consumo en forma que garanticen la existencia de todos. En el programa económico del Gobierno deben consultarse simplemente las tres finalidades fundamentales e inmediatas siguientes: alimentar al pueblo, vestir al pueblo y domiciliar al pueblo, entendiéndose por pueblo el conjunto de los ciudadanos sin distinción de clases ni de partidos. (...) Para conseguir las finalidades anteriores es preciso, pues, que el Gobierno tome las

riendas de la producción y del consumo en tal forma que le aseguren el manejo de la economía nacional. En otras palabras, el Gobierno debe ser, desde este punto de vista, un gobierno basado en los principios de justicia económica y social.

A pesar de las limitaciones y carencias de la República Socialista —particularmente en el plano ideológico— ésta constituyó un esfuerzo honesto por hacer primar la solidaridad y la justicia social en un país en el cual el pueblo sólo conocía explotación y miseria. El amplio espíritu socialista que inspiraba a los gestores de la República estaba basado en los conceptos de justicia y libertad que compartían y que les hacía identificar lúcidamente los principales problemas nacionales, entregando a éstos respuestas claras y coherentes que tenían por objetivo el bienestar de las grandes mayorías nacionales. En los fugaces 12 días en que la República se mantuvo en el gobierno, el socialismo idealista de sus inspiradores —a pesar de haber recibido un amplio y entusiasta apoyo del movimiento popular— no alcanzó a incorporar formas científicas de analizar y resolver el problema del poder, cuestión esencial en todo intento de construcción socialista. No obstante, las transformaciones recogidas en su Programa interpretaban con total precisión las aspiraciones de la mayoría del país —acumuladas durante siglos de explotación— y enfrentaban audazmente, como nunca antes se había hecho, los problemas más graves de la vida nacional.

Hacia 1930, la población total de Chile alcanzaba alrededor de 4.300.000 habitantes. La población activa llegaba a 1.138.000 perso-

nas, divididas en 78.000 mineros, unos 296.000 obreros fabriles, 70.000 en transportes y comunicaciones, y 444.000 en actividades mecanizadas o trabajos de oficina relacionadas con ellas⁶⁸. El cuadro de la realidad económica y social de Chile era un elocuente testimonio de la irracionalidad y fracaso del sistema capitalista como sistema de desarrollo. El recuento que entrega el historiador Julio César Jobet ilustra la magnitud de la catástrofe nacional causada por la burguesía, y pone en perspectiva la tarea que enfrentaba la República Socialista y las razones de su paso por la historia nacional. En la agricultura, existía un total de 180.000 pequeños y medianos propietarios que poseían entre sí 2,5 millones de hectáreas de tierra. En contraste, un grupo de 626 grandes oligarcas terratenientes eran dueños de 14,5 millones de hectáreas. La existencia del latifundio, parte integrante del sistema capitalista atrasado, impedía la planificación racional de la producción y el consumo y era fuente de miseria y explotación para grandes sectores, además de constituir la base desde la cual se generaba el poder económico y político de la oligarquía agraria.

La entrega de las riquezas básicas y de la industria e infraestructura nacional a los capitales extranjeros había transformado a Chile en un simple apéndice del capitalismo extranjero que no producía para sí, sino para los países desarrollados de occidente. Las inversiones de los monopolios transnacionales, especialmente norteamericanos, alcanzaban a un total aproximado de entre 1100 a 1130 millones de dólares, lo cual significaba en los hechos prácticos que la minería, la industria

manufacturera, el transporte, la banca, el comercio y las comunicaciones no eran más que empresas privadas de propiedad extranjera. La deuda externa, por su parte, alcanzaba a los 394 millones de dólares. Los monopolios extranjeros penetraban en Chile a través de la burguesía financiera, la que le servía de avanzada y administraba, por cuenta del imperialismo, los intereses monopólicos en el país. La degradación, la miseria y el hambre creadas por la explotación implacable eran el cuadro que enfrentaba la República. Chile poseía la tasa de mortalidad infantil más alta del mundo —262 por cada mil nacidos vivos—, había un déficit habitacional de más 500.000 viviendas, una tasa de analfabetismo y semianalfabetismo cercana al 50^oo, y existía un promedio de vida de 23 años⁶⁹.

La tarea era, pues, titánica; pero titánica era la voluntad de emprenderla. Las medidas de la República Socialista⁷⁰ estuvieron impregnadas de un profundo sentido de justicia y de conciencia de la realidad nacional, dirigiéndose —impulsada por un sentido de urgencia comprensible por la magnitud de la empresa— a resolver los problemas más inmediatos y que afectaban más directamente al pueblo chileno. En el plano económico, se ordenó la devolución sin pago de los instrumentos de trabajo y otros objetos empeñados en la Caja de Crédito Popular; se concedieron préstamos a pequeños comerciantes a través de la Caja Nacional de Ahorros; se puso límite a los precios de los artículos de primera necesidad; se limitaron los giros bancarios para evitar la fuga de capitales; y en general, se intentó elevar el poder adquisitivo para revitalizar la actividad productiva nacional. Igualmente, se

aumentaron los impuestos a los grupos de altos ingresos; se prohibió la importación de artículos suntuarios que pudieran ser reemplazados por productos nacionales; se expropiaron los depósitos en oro y moneda dura, pagándolos en moneda nacional; y se anunció la fusión de la Caja Nacional de Ahorros con el Banco Central para conformar el Banco del Estado de Chile. Como se anunciaba en el Programa de Acción Económica Inmediata, el Estado pasó a cumplir un papel importante en el abastecimiento y el comercio, creando monopolios estatales de yodo, petróleo, fósforos, tabacos, alcohol y azúcar; asumiendo la responsabilidad del comercio exterior; expropiando terrenos fiscales improductivos; y suprimiendo los aranceles a la importación de trigo, ganado y materias primas para la industria nacional de alimentos. En materia social, se prohibió el lanzamiento de arrendatarios impagos de bajos ingresos; se requisaron las tierras ociosas de deudores del Estado para entregarlas a cooperativas de cesantes, y se crearon los ministerios del Trabajo y de Salubridad Pública.

En lo político, se clausuró el Congreso nombrado por Ibáñez y se amnistió a todos los presos políticos, recuperando la libertad los marineros sometidos a Consejo de Guerra; se abrieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y se dieron los primeros pasos para la elección de una Asamblea Constituyente que estudiaría una nueva Constitución Política. En lo cultural y educacional, se hizo justicia a los profesores y estudiantes expulsados de sus instituciones por motivos políticos, restituyéndolos en sus puestos; se planteó la democratización de la universidad a través

de la generación de todas sus autoridades mediante elecciones de estudiantes, profesores y egresados; por primera vez en el mundo, se legisló la autonomía e inviolabilidad territorial de la universidad, adoptándose además medidas para su financiamiento. La República señaló igualmente que la educación dejaba de ser un privilegio, y que al pasar ésta a la responsabilidad del Estado —es decir, del conjunto de la nación— sus esfuerzos deberían orientarse hacia la promoción de los valores solidarios y de justicia del socialismo, eliminándose los intereses comerciales y la orientación individualista. Finalmente, se adoptaron medidas para conformar grupos de teatro; una editorial y una radio estatales para promover y difundir la cultura y el arte, el estudio de las raíces folklóricas chilenas y el aprendizaje de técnicas y métodos artísticos; actividades todas que pasarían a ser orientadas por los sindicatos obreros, técnicos e intelectuales. En pocas palabras, la República Socialista hizo en 12 días lo que la burguesía nacional no había hecho —ni había querido hacer— en más de un siglo. Estas medidas, de profundo sentido social y anticapitalista, y que satisfacían reivindicaciones largamente anheladas por el movimiento popular, dejaron en claro que la República, lejos de ser un simple cartelazo, echaba a andar aceleradamente por el camino de los cambios estructurales al sistema imperante. La burguesía chilena comprobó rápidamente que se hallaban amenazados sus intereses estratégicos de clase, e igual conclusión alcanzaron los representantes del imperialismo norteamericano. La proclamación de la República generó una ola de entusiasmo y fervor popular que terminó de convencer a los

grupos reaccionarios y al capital extranjero de que se hacía indispensable actuar rápidamente, antes de que la situación escapara a toda posibilidad de control. El historiador Hernán Ramírez Necochea registró de esta forma el agitado movimiento de ambos grupos ante el alzamiento popular⁷¹:

La alarma cundió en la Embajada de los Estados Unidos y entre los gerentes o agentes de las empresas norteamericanas. El Embajador Culbertson, en rápida y nerviosa sucesión de comunicaciones, dio cuenta al Departamento de Estado de los acontecimientos que se estaban desarrollando y de la dirección que ellos llevaban. (...) En términos evidentemente calculados para producir decidida y enérgica reacción en la Casa Blanca, se describía la situación como crítica y se aconsejaba: "Por favor, advierta Departamento de Guerra"; "Por favor, repita todos telegramas a Guerra y Marina". Además se hacía presente: "...si los métodos usuales de la diplomacia no tienen éxito, pediré al Departamento (de Estado) qué otros métodos desea aplicar".

A pesar de la sinceridad de Matte y Grove y de su lealtad al Programa de Gobierno, la debilidad esencial de la República —es decir, la ausencia de una relación estrecha con las masas a través de una vanguardia proletaria organizada— causó la entrada en ella de oportunistas y reaccionarios como Puga, y especialmente Dávila; y ello traería consecuencias directas a corto plazo:

La falta de unidad de criterios entre los componentes del Gobierno era brecha que ofrecía amplias posibilidades a la intervención imperialista. (...) En efecto, la unión de Dávila con Matte y Grove fue consecuencia de circunstancias eminentemente ocasionales, provisorias. (...) Dávila era hombre que tenía una disposición por entero propicia a los Estados Unidos, país ante cuyo gobierno había sido embajador de Ibáñez; además, para Dávila era de suma utilidad apoyarse en el imperialismo norteamericano a fin de deshacerse de sus incómodos y forzados compañeros, e imprimir al gobierno el rumbo que él deseaba⁷².

Así, obstaculizada en su accionar por el carácter heterogéneo y disímil de sus componentes, y acosada desde el primer día por la burguesía y el imperialismo, la República intentó romper el esquema de dominación en un esfuerzo que estaba condenado al fracaso ante la ausencia de factores objetivos, siendo el más importante entre ellos la cuestión no resuelta del poder. Con su gigantesco aparato institucional intacto, y consciente de las contradicciones existentes en el núcleo dirigente, la burguesía y el imperialismo iniciaron una fuerte ofensiva para contrarrestar el peligro. Los Tribunales Superiores suspendieron sus funciones, el Presidente de la Corte Suprema presentó la renuncia, y la oligarquía y los grupos alessandristas entraron en contacto con altos oficiales reaccionarios para preparar un contragolpe militar.

No obstante sus contradicciones, el nuevo gobierno pudo ser hegemonizado por sus

miembros más consecuentes y resueltos, quienes continuaron profundizando la aplicación del Programa de Gobierno rodeados del entusiasmo popular. Personaje oscuro y débil, el general en retiro Arturo Puga se declaró enfermo —en realidad gozaba de plena salud— y no tuvo mayor participación en las decisiones del Consejo de Estado. Por su parte, la presencia de Dávila —quien posteriormente se haría cargo del gobierno durante noventa días a la caída de la República— había sido impuesta a último minuto por el Comandante Pedro Lagos, un notorio complotador y reaccionario, a quien devolvió el favor nombrándolo Ministro de Guerra en su gobierno, y quien después de la República declaró, ilustrando hasta qué punto el Gobierno había comprometido su propia existencia al aceptar la imposición: “Ha sido el Presidente Provisional (Dávila) no sólo el inspirador y coordinador de los proyectos destinados a transformar nuestra estructura política, económica y social, sino también el más activo propulsor de las medidas destinadas a matar de raíz y para siempre el terrible flagelo del comunismo”⁷³. Culbertson, embajador de Estados Unidos en Chile, informaba de la siguiente forma al Departamento de Estado sobre sus contactos con Dávila durante los días finales de la República Socialista:

El dijo que en ese momento venía de una conferencia con Puga, Presidente de la Junta, y que el principal asunto discutido fue su actitud hacia intereses extranjeros. El declaró que estaba de acuerdo en que intereses extranjeros no debían ser molestados. Yo le recordé los rumores que Grove sustenta puntos de vista

más extremistas. El replicó que habían habido algunas diferencias de opinión, pero que ahora Grove acepta la política de que sus intereses (los extranjeros) no sufrirían ningún acto del Gobierno. (Dávila) se quejó que el artículo en el *New York Times* que se refiere al Gobierno Soviético de Chile era inapropiado e injusto. Dijo que habrían transformaciones en la vida económica de Chile, pero que los intereses americanos no tendrían más problemas bajo su gobierno que bajo Ibáñez o Montero. Entonces dijo: 'Por favor, asegure a mis amigos americanos que ellos no tienen nada que temer'⁷⁴.

De esta forma, la responsabilidad real de implementar el proyecto socialista recayó sobre los hombres de los miembros más consecuentes del Consejo de Estado, Eugenio Matte y Marmaduke Grove. Al constatar ambos que la burguesía se había recuperado de su repliegue momentáneo, se dieron a la tarea de dar estructura orgánica al amplio movimiento de respaldo popular generado en torno a la República; tarea que los dirigentes revolucionarios correctamente visualizaron como factor esencial para detener la respuesta de la burguesía y consolidar los avances logrados.

Al llamado de Matte y Grove a constituir un frente de lucha revolucionaria respondieron entusiastamente las organizaciones del movimiento popular. Así, el 11 de junio se conformó la Alianza Revolucionaria de Trabajadores, compuesta entre otros por la Asociación de Profesores de Chile, la Federación

Nacional de Trabajadores, el Comité de Dueños de Mejoras, la Confederación de Sindicatos Industriales, el Comité de Obreros de la Construcción, el Sindicato de Comunicaciones, el Sindicato Profesional de Choferes y la Confederación Nacional de Cooperativas. Este grupo amplio de apoyo a la República emitió un Manifiesto en el cual llamaba a "...la abolición de la clase opresora mediante la socialización de la tierra y de los medios de producción, con lo cual se facilitaría el advenimiento de una era de paz y justicia"⁷⁵. Sin embargo, la contraofensiva de la burguesía ganaba terreno día a día. Incapaz de operar dentro de los marcos del propio sistema democrático-liberal, cuyo desprestigio y fracaso habían generado el alzamiento popular, la derecha política y económica comenzó a preparar las condiciones para el contragolpe que ya se hacía sentir, iniciando una campaña de terror mediante la invocación del espectro de una dictadura comunista que se cernía sobre Chile.

Sobre este punto, conviene señalar la actuación del Partido Comunista de Chile durante los días de la República. Se ha indicado ya que las principales causas del fracaso del ensayo socialista fueron la falta de vinculación directa con el proletariado y la ausencia de una vanguardia organizada de la clase que jugara un papel conductor del apoyo de masas al proceso. El Partido Comunista, única vanguardia proletaria organizada con experiencia de lucha y claridad estratégica que podría haber desempeñado tal papel, estaba sin embargo fracturado, aislado y disminuido en su potencial conductor por las razones señaladas anteriormente. En este marco, la

irrupción del experimento socialista en la escena política agudizó aún más las disensiones internas, dado que los dos sectores en que se encontraba dividido —por una parte, el que dirigía Elías Lafferte, y por otra, el que encabezaba el Senador Manuel Hidalgo y que, en rigor, no era trotskista, sino como se denominaban, de “Oposición Comunista”, dado que su apoyo a Trotsky terminó poco después— terminaron por adoptar posiciones diametralmente opuestas frente a la coyuntura. El mismo día de proclamación de la República, la Federación de Estudiantes de Chile asumió el control de la Casa Central de la Universidad de Chile, en una ocupación que estuvo dirigida por líderes estudiantiles comunistas de ambos sectores. Ilustrando la frágil vinculación con la realidad nacional que predominaba en el PCCH de esa época, éste conformó en la Casa Central un organismo que recibió el nombre de Soviet de Obreros, Campesinos, Soldados, Marineros, Mineros e Indios, entrando en conflicto sobre la orientación que éste debería tener frente a la República. Los hidalguistas pedían que se diera apoyo al Gobierno, condicionado a la entrega de armas al pueblo; los laffertistas, por su parte, se declararon en total y abierta oposición, instando a los trabajadores a presentar desmesurados pliegos de peticiones a la República Socialista. Las pronunciadas diferencias de opinión llevaron a los hidalguistas a retirarse del Soviet de la Universidad de Chile para plegarse al Partido Socialista Marxista en la conformación del frente de lucha que se creó en apoyo al gobierno, la Alianza Revolucionaria de Trabajadores.

Así, el Partido Comunista —afectado por

un fenómeno del cual no tuvo el monopolio, sino que caracterizó al conjunto del movimiento comunista latinoamericano— no logró romper su aislamiento y reconocer oportunamente la convicción socialista de los dirigentes consecuentes de la República, y mucho más importante aún, el gran potencial revolucionario de una experiencia que nació impregnada de un profundo sentido anticapitalista y antimperalista y que contó con amplio apoyo de masas; experiencia que, de haber sido orientada y hegemonizada por el proletariado, podría haber sentado las bases para la neutralización de la contraofensiva burguesa, traspasando la iniciativa a la clase obrera y alterando la correlación de fuerzas en su favor⁷⁶.

El cuadro real, sin embargo, no fue así. El 13 de junio, Carlos Dávila presentó la renuncia a la Junta de Gobierno, presagiando el contragolpe militar que se avecinaba. El día 14 se reunió el Consejo de Estado para tratar la forma de enfrentar la ofensiva de la burguesía. Mientras los acontecimientos se precipitaban y crecían las esperanzas que grandes mayorías nacionales habían depositado en la República, Matte y los demás socialistas que conformaban el gabinete abogaban con ardor por la creación de un respaldo armado para hacer frente a los intentos golpistas, identificando correcta —aunque tardíamente— las condiciones objetivas para el triunfo de una revolución popular. El entonces Teniente Carlos Charlín, ayudante de Grove, testigo de los acontecimientos e historiador de los días de la República, relata de esta forma la discusión que tuvo lugar en aquella reunión:

En la sesión del Consejo de Estado de aquella tarde del 14 de junio se discutió con inusitado acaloramiento si conveniría o no crear milicias populares, entregándoles armamento y municiones a determinados sindicatos obreros en cuya lealtad el Gobierno tenía absoluta confianza. Y allí se produjo algo paradójico. Mientras Eugenio Matte Hurtado y los ministros de su confianza eran fervorosos defensores de esta medida, fue el Ministro de Defensa, Coronel Marmaduke Grove, el que se opuso tenazmente a una resolución de esta naturaleza. Grove argumentó que aquello significaba hacerles a las instituciones armadas la mayor ofensa, pues era dudar de su capacidad, lealtad y formalidad de una manera que no tenía justificación, porque si un pequeño grupo era el rebelde, no había razón para desconfiar del resto del Ejército. Señaló Grove: "¿Pueden ustedes imaginar que un hombre casi nacido dentro de estas instituciones armadas podría crear o cooperar a la creación de un poder antagónico que las destruyera?". (...) Se dio por resuelta la cuestión en el sentido de no armar milicias del pueblo y se entró a tratar el problema de disolver los grupos conspiradores⁷⁷.

A las 4 de la tarde del jueves 16 de junio se realizó en torno al Palacio Presidencial de La Moneda una manifestación popular de apoyo al Gobierno en la que participaron más de cien mil personas. El fervor del pueblo no disminuyó y, de haberse entregado armas a milicias populares, podría haberse intentado

la defensa del nuevo gobierno. Pero éste no contaba ya con el espacio de maniobra necesario para contener la respuesta de la burguesía, cuyo aparato político, institucional y militar había quedado intacto y se volcaba ahora con toda su fuerza contra la República Socialista. Durante las horas que siguieron a la multitudinaria muestra de apoyo popular, y confiados en que la manifestación de fuerza haría pensar dos veces a los golpistas, los dirigentes de la República interpretaron incorrectamente las señas evidentes de un golpe militar que ya se iniciaba. Durante la noche del 16 al 17 de junio, el ensayo socialista fue derrocado por una acción ordenada por la burguesía e implementada por el alto mando reaccionario de las Fuerzas Armadas. Faltando 15 minutos para las dos de la mañana, Marmaduke Grove, Eugenio Matte y Oscar Cifuentes, Ministro de Salubridad Pública, fueron hechos prisioneros y trasladados al Cuartel de Dragones del Ejército, mientras que otros dirigentes eran enviados a la Escuela de Carabineros. El 18 de junio los prisioneros fueron embarcados en el destructor Lynch rumbo a la Isla de Juan Fernández. Allí fueron transbordados al buque Araucano, que los condujo al destierro en Isla de Pascua bajo la custodia de un contingente de Carabineros que había recibido orden de no dejarlos salir vivos de la isla. Se escribía así el capítulo final de la República Socialista de los doce días⁷⁸.

De acuerdo a lo pactado, Carlos Dávila asumió el gobierno, promulgando la Ley Marcial para contener la indignación del movimiento obrero. Se suspendieron todas las garantías constitucionales y se hicieron arrestos y relegaciones masivas, cancelándose la

aplicación de todas las medidas de beneficio popular decretadas por la República. Pero la crisis no disminuyó. Ante el aumento del descontento popular, el 13 de septiembre los mismos oficiales reaccionarios sacaron a Dávila y se apoderaron directamente del gobierno. Asumió la presidencia Bartolomé Blanche, un oscuro e inepto general de Ejército. El caos y crisis general del sistema, sumados a la protesta popular, crearon un estado de cosas imposible de controlar, al grado que ni siquiera un régimen de fuerza y restauración oligárquica podía ya contar con la homogeneidad necesaria para restablecer el orden burgués. Así, el 27 de septiembre se sublevó el general Pedro Vignola, jefe de la Primera División del Ejército, con asiento en Antofagasta, obligando a Blanche a entregar el poder a un civil al cabo de pocos días. El 1º de octubre de 1932 asumió temporalmente el gobierno Abraham Oyanedel, Presidente de la Corte Suprema, designado con el fin de restablecer el orden llamando a elecciones presidenciales y parlamentarias. A las elecciones, realizadas el 30 de octubre, se presentaron Arturo Alessandri, apoyado por liberales, radicales y demócratas; Héctor Rodríguez, apoyado por los conservadores; y Enrique Zañartu, representando a los agrarios y un sector liberal⁷⁹.

La Nueva Acción Pública, apoyada por todas las agrupaciones socialistas que habían generado y participado en la República, presentó las candidaturas de Marmaduke Grove a la presidencia y de Eugenio Matte al Senado, campaña que se llevó a cabo mientras ambos seguían confinados en Isla de Pascua. El Partido Comunista, por su parte, presentó la can-

didatura presidencial del Elías Lafferte. En las elecciones triunfó Alessandri y Grove obtuvo la segunda mayoría, dando cuenta de la popularidad y ascendiente que había adquirido como uno de los inspiradores y líderes de la República Socialista ante el movimiento popular, el que le entregó la primera mayoría en Santiago y Valparaíso, eligiendo también a Matte por un amplio margen de votos. Por su parte, los grupos socialistas que presentaron candidatos a diputados obtuvieron un total de 18.642 votos, equivalente al 5,50% del electorado nacional⁸⁰. El historiador Julio César Jobet resume así el epílogo de aquella época:

El terreno se hallaba abonado en favor de un gobierno "fuerte". Arturo Alessandri, renegando de su pasado romántico como abanderado del pueblo en 1920, se entregó en forma incondicional a la reacción oligárquica y a la penetración imperialista, realizando una gestión económica antipopular por intermedio de su Ministro de Hacienda, Gustavo Ross Santa María, y una acción política con leyes de excepción, aprobadas por la mayoría conservadora y apoyadas por un cuerpo civil armado, las Milicias Republicanas, organizado nacionalmente. So pretexto de impedir la intervención de los militares en la política, los elementos más reaccionarios de la vieja derecha y del Partido Radical dieron vida a una verdadera Guardia Pretoriana del gran capital, del clericalismo y de la feudoburguesía, dirigida a reprimir la actividad y el descontento de las fuerzas populares⁸¹.

Algunos meses después, el 19 de abril de 1933, representantes de la Nueva Acción Pública, la Orden Socialista, el Partido Socialista Marxista, la Acción Revolucionaria Socialista y el Partido Socialista Unificado acordaban fusionarse para constituir una nueva organización: el Partido Socialista de Chile, que nacía como reflejo del avance y grado de desarrollo de las fuerzas sociales y productivas, asumiendo en su primera Declaración de Principios las grandes enseñanzas que habían dejado los doce días de la República Socialista:

El régimen de producción capitalista basado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos de producción, de cambio, de crédito, de transporte, debe ser necesariamente reemplazado por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforma en colectiva. La propiedad socialista se organiza por medio de planes ordenados y sistematizados científicamente, conforme a las necesidades colectivas. Durante el proceso de transformación total del sistema es necesaria una dictadura de trabajadores organizados. La transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible, porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y la ignorancia, e impedir su emancipación. La doctrina socialista es de carácter internacionalista y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo⁸².

Transformando de esta forma la dialéctica de los procesos políticos en síntesis revolucionaria, el movimiento popular daba vida a un formidable instrumento de lucha política —un partido de clase—, cerrando una etapa plena de enseñanzas y abriendo otra, en que lo aprendido conduciría a nuevas y mejores formas de lucha.

EVALUACION Y BALANCE DE UN INTENTO FRUSTRADO

En orden a evitar conclusiones erróneas, es preciso señalar que la República Socialista —no obstante las grandes limitaciones que determinaron su fracaso— no fue un caso de aventurerismo o irresponsabilidad política, sino un esfuerzo legítimo, consecuente y, a todas luces, auténticamente revolucionario por terminar con el dominio de la burguesía y dar paso a un sistema socialista. Los inspiradores del ensayo socialista eran humanistas consecuentes impregnados de un sentido nacionalista entendido en su mejor acepción, que no buscaban privilegios ni cuotas de poder, sino que actuaban a nombre de lo que correctamente interpretaban como el bien del país y de las grandes mayorías nacionales. Sus ideas, aunque desprovistas aún de los elementos esenciales del socialismo científico, se inspiraban en un pensamiento socialista intuitivo y democrático cuyos orígenes se remon-

taban a los inicios de la agitación social de la segunda mitad del siglo XIX, y que venía desde entonces pasando por sucesivas etapas evolutivas que culminaron en la aparición posterior de una corriente proletaria socialista de inspiración marxista. Al momento de proclamarse la República, esta corriente se encontraba aún en un estadio insuficiente de desarrollo, factor que contribuye a dar cuenta de la extrema heterogeneidad de sus componentes, de los errores tácticos que cometió, y de la ausencia de claridad respecto a los objetivos estratégicos de la clase obrera.

La evidencia existente, entonces, permite constatar que ni la inspiración de sus dirigentes, ni sus medidas prácticas, ni sus objetivos programáticos, ni su esencia fenomenológica global hacen posible descalificar a priori este ensayo histórico, y más bien, permiten concluir lo opuesto. Esto es, que la República Socialista encuentra su explicación en el grado exacto de desarrollo de las fuerzas sociales y productivas del país y en la evolución del modelo capitalista de explotación implementado en Chile. Establecida esta premisa, verificable en el análisis, es necesario dar cuenta de algunas cuestiones fundamentales respecto al experimento socialista: una definición más precisa de su exacto carácter; la identificación de los errores y deficiencias que contribuyeron a su fracaso; y las enseñanzas que de ella se desprendieron para la clase obrera y el movimiento popular.

Sin intentar una exégesis determinista de procesos dialécticos que obedecen a leyes históricas y realidades políticas, sociales y económicas concretas que no son modificables por la voluntad pura y simple de los hombres,

es posible, no obstante, señalar algunas de las deficiencias básicas del ensayo socialista a objeto de arrojar luz sobre su derrota.

En relación al problema del partido, una de las exigencias históricas esenciales para realizar un asalto exitoso al poder burgués es la existencia de una vanguardia organizada que conduzca y oriente el proceso con arreglo a la estrategia, táctica, ideológica científica y objetivos estratégicos de la clase rebelde. Esta vanguardia, desarrollada o en su expresión embrionaria, podrá tener la forma que dicten el desarrollo histórico, la formación social y las circunstancias políticas de la sociedad de que se trate, e incluso podrá romper dialécticamente moldes "clásicos" de asalto al poder y crear su propia dinámica, pero inevitablemente, tarde o temprano, deberá convertirse en partido. La historia entrega inagotables ejemplos del destino que espera a los intentos que no consideren este competente básico —la República Socialista, entre otros— y proporciona antecedentes sobre sus características. En el caso que nos ocupa, la ausencia de una vanguardia proletaria organizada fue, sin lugar a dudas, una de las causas directas de la derrota. Si bien para fines formales existía un partido obrero revolucionario en el Chile de 1932 —el Partido Comunista— los fenómenos internos y externos a que se hallaba sujeto lo incapacitaron para cumplir un papel dirigente. Con ello la iniciativa pasó a manos de dirigentes e intelectuales revolucionarios, en un proceso más bien superestructural, en el cual la falta de vinculación orgánica directa con el proletariado canceló la posibilidad de que éste hegemonizara la rebelión antiburguesa, entregándole carácter y sentido de clase y

alterando la correlación de fuerzas a su favor.

Es sabido que existe una radical diferencia entre los conceptos de gobierno y poder. La República Socialista asumió el gobierno —y apenas por doce días— pero nunca tomó el poder. Si bien algunos de sus objetivos programáticos se orientaban a la destrucción del origen del poder burgués —la propiedad privada de los medios de producción— éstos fueron forzosamente generales, o simplemente —como muchas medidas que contenían el potencial para dar paso a una situación diferente— no llegaron a implementarse. De esta forma, tanto la infraestructura económica como la superestructura jurídica, política e ideológica del sistema capitalista quedaron intactas, convirtiendo así la respuesta contrarrevolucionaria en sólo una cuestión de tiempo. Dentro de la superestructura, se mantuvo incólume todo el aparato de Estado y, en particular, las Fuerzas Armadas, factor que restó al ensayo socialista cualquier posibilidad objetiva del alcanzar el poder. La cuestión no resuelta de la transformación de la infraestructura y la destrucción de la superestructura, determinante de la derrota, no es sin embargo atribuible a una simple falta de perspectiva o a un error táctico. Ella es más bien reflejo directo del grado objetivo de desarrollo de la sociedad chilena en todos sus aspectos, así como de los condicionantes concretos —el caos político de la época, la acción del imperialismo— bajo los cuales subió al gobierno la efímera República Socialista.

A pesar de que la República llegó al gobierno mediante una acción apoyada por las Fuerzas Armadas, el recuento histórico realizado demuestra que ello fue un hecho com-

pletamente circunstancial. Más aún, habría constituido un serio error esperar que éstas asumieran un papel revolucionario prestando respaldo armado a un asalto al poder, sin que hubiesen sufrido una radical transformación previa en su carácter, factor que no estuvo presente en la coyuntura en cuestión. La factibilidad real de que las Fuerzas Armadas cumplieran su función de instrumento de defensa del sistema capitalista entregó a la burguesía la iniciativa en este terreno, haciendo posible la derrota de la República a través de una acción de fuerza. A ello se sumó el agravante de que, no obstante que Eugenio Matte y los dirigentes socialistas más esclarecidos visualizaron correctamente la necesidad de la defensa armada del nuevo gobierno mediante Milicias Populares —cuestión que también exigió la Alianza Revolucionaria de Trabajadores, que sabía que para hacer una revolución no basta con decretarla— esta iniciativa no llegó a implementarse a causa de la oposición de Marmaduke Grove, en quien pesaron más las reservas que una medida tan drástica generaba en una persona que había dedicado una vida entera al servicio en las Fuerzas Armadas. De esta forma, también en el terreno militar se expresaron los condicionantes impuestos por la realidad objetiva en que se desarrollaron los doce días de la República Socialista.

El proyecto de las fuerzas sociales representadas en la República tuvo serias deficiencias estratégicas, destacándose entre ellas la ausencia de un programa de reforma agraria, cuestión fundamental en un país en que la tenencia de la tierra constituía una de las bases del poder burgués, y de medidas antimperialistas concretas destinadas a recuperar las

riquezas básicas de Chile. Sin embargo, de igual forma que en los puntos anteriores, no es posible atribuir fallas y carencias simplemente a una falta de perspectiva de sus líderes. Por el contrario, la clave que las explica es que las fuerzas sociales y políticas representadas en ella expresaban en sus actos el grado exacto de su desarrollo. Por ello entendemos que la dialéctica de la evolución de las fuerzas sociales y productivas —y de sus manifestaciones políticas— bajo el modelo capitalista dependiente, monoprodutor y atrasado que la burguesía impuso en Chile, determinaba la existencia de un movimiento popular que objetivamente no estaba preparado para erigirse en alternativa al régimen burgués. A causa de este condicionante inescapable, el grado de desarrollo de la conciencia de clase e instrumentos orgánicos de lucha política del proletariado y del movimiento popular, y por ende, de las posibilidades reales de hegemonización de aliados fundamentales, no habían alcanzado aún el nivel necesario para generar una praxis que tuviera correspondencia con el potencial revolucionario que se abrió con la República. Este factor es comprobable en la actuación de su única vanguardia organizada —el PCCH— el cual no reconoció el carácter revolucionario, democrático y antimperialista del ensayo socialista, declarándose en activa y directa oposición y calificando a sus gestores de socialdemócratas y pequeño burgueses.

En suma, la República no fue, evidentemente, una revolución socialista. Fue, sin embargo, un intento revolucionario que abrió un potencial de acción difícil de calcular pero preñado de posibilidades, que el proletariado y el movimiento popular no estuvieron en codi-

ciones de capitalizar, y el cual, no obstante, contribuyó de manera importante a acelerar el proceso de desarrollo de esas mismas fuerzas. Tal como la experiencia de la Comuna de París en marzo de 1871 —y guardando las distancias, por supuesto— la República entregó enseñanzas concretas que ningún debate teórico habría podido sustituir, representando "...un paso práctico más importante que cientos de programas y raciocinios"⁸³. Su carácter fue esencialmente democrático y popular, orientándose a entregar respuestas coherentes a los graves problemas nacionales generados a partir de la crisis del sistema de dominación. Fue también profundamente antioligárquica y antimperialista, logrando identificar correctamente que la crisis nacional tenía su origen en la dominación ejercida por ambos grupos. Fue, por último, un ensayo prematuro que no tuvo correspondencia con la capacidad real de la clase obrera y el pueblo para hegemonizarlo, y cuya derrota no hizo más que reflejar con exactitud la inmadurez del desarrollo de las fuerzas sociales que representaba. Esto, en definitiva, determinó que la existencia, gestores y líderes, medidas concretas y objetivos programáticos, deficiencias y errores, aportes y derrota de la República Socialista, estuvieron en estricta correspondencia con el momento histórico y político, con las características de la formación social de la época, y con el grado de desarrollo de la sociedad chilena.

Uno de sus aportes fundamentales, como se señalaba, consistió en servir de agente catalizador para la profundización acelerada de la conciencia y organización del movimiento obrero y popular, y sólo por ello este intento inmaduro y fallido, pero profundamente jus-

to y necesario, ha pasado a ocupar un lugar de privilegio en la historia de la clase obrera chilena. De las grandes enseñanzas dejadas por la República, una de las más importantes fue la de contribuir a que se identificara con mayor exactitud el carácter de las etapas de los procesos revolucionarios, y la composición de los grupos sociales que los llevan a la práctica. Pero su aporte más esencial y directo fue el de haber contribuido a que, poco después, el movimiento socialista que le dio vida asumiera la ideología y la orgánica del proletariado, entregando rigor científico y sentido de clase al pensamiento socialista que ya existía en el seno del pueblo, creando así las condiciones para que se acometiera con nuevos bríos la responsabilidad histórica de terminar con la explotación. Fue así que nació el Partido Socialista de Chile.

1. Carlos Charlín, *Del avión rojo a la República Socialista*, p. 709.
2. Nitrato de sodio (NaNO_3).
3. La historiografía sobre el tema es abundante. como complemento, puede consultarse el trabajo de Lucy Lorch, *Guerrillero del Mar - Historia de Lord Thomas Cochrane*.
4. Jorge Barriá, *El movimiento obrero en Chile*, p. 13.
5. Los gobernantes de los Decenios y sus respectivos períodos fueron: Joaquín Prieto (1831-1841); Manuel Bulnes (1841-1851); Manuel Montt (1851-1861), y José Joaquín Pérez (1861-1871).
6. Jorge Barriá, *op. cit.*, p. 13.
7. Sobre el tema, véase la obra del historiador chileno Julio César Jobet, *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad*.
8. Fernando Casanueva y Manuel Fernández, *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*, p. 29.
9. Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*, pp. 46-47.
10. Evaristo Molina, *Bosquejo de la hacienda pública de Chile (1898)*, citado en Casanueva y Fernández, *op. cit.*, p. 30.
11. Casanueva y Fernández, *Ibid.*, p. 31. Cuadros estadísticos.
12. *Ibid.*, p. 34.
13. *Ibid.*, p. 34.
14. El salitre, nitrato de sodio en estado natural, era elemento fundamental en la fabricación de explosivos.

15. Casanueva y Fernández, *op. cit.*, pp. 35-37.
16. Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, p. 218.
17. Casanueva y Fernández, *op. cit.*, p. 35.
18. Sobre el tema, véase Jorge Barriá, *op. cit.*, Capítulo I, pp. 15-30.
19. Casanueva y Fernández, *op. cit.*, p. 38.
20. El pensamiento del Presidente (1886-1891) Balmaceda quedó grabado en una famosa frase: "No podemos permitir que esta vasta y rica región sea convertida en una simple factoría extranjera".
21. Sobre el tema, véase la obra del historiador chileno Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*.
22. Casanueva y Fernández, *op. cit.*, pp. 38-39.
23. *Ibid.*, p. 43.
24. *Ibid.*, p. 43.
25. *Ibid.*, p. 50.
26. El pago en fichas en lugar de dinero era usual en las regiones salitreras del norte de Chile. Estas fichas eran canjeables por comida en el almacén o "pulpería" de las compañías salitreras. Con el correr del tiempo las fichas perdían su valor y no eran reajustables.
27. Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile durante el siglo XIX*, pp. 123-124.
28. Sobre el tema, véase la obra de Alejandro Witker, *Los trabajos y los días de Recabarren*. Ediciones Casa de Las Américas (Habana, Cuba), 1977.
29. El tema de la vida y la muerte en las regiones salitreras aparece recogido con fuerza narrativa en la novela *Hijo del salitre*, de Volodia Teitelboim. Instituto Cubano del Libro (La Habana, Cuba), 1972. Existen además numerosas ediciones en castellano y otros idiomas.
30. Sobre el tema, véase *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano.
31. Véase Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile*.
32. Luis Emilio Recabarren nació el 6 de julio de

- 1876 en Valparaíso. Obrero tipógrafo, Miembro del Partido Demócrata, del que llegó a ser Secretario General. Disiente con esa organización y funda en 1912 el Partido Obrero Socialista. A consecuencia del impacto moral de la Revolución Rusa, el POS deviene en 1921, por iniciativa suya, en el Partido Comunista de Chile. Fundador de la prensa obrera chilena: *Democracia*; *El Trabajo*; *La Reforma*; *El Grito Popular*; *El Despertar de los Trabajadores*; *el Socialista*; *La Federación Obrera*; *Justicia*; etc. El año 1906 es despojado de su cargo de diputado, no obstante haber sido democráticamente elegido. Vuelve en 1921 como parlamentario por un período de tres años. Internacionalista, miembro del movimiento obrero argentino. Participa en la formación de los partidos comunistas de Argentina y de Uruguay. Actúa en sus primeros años de vida pública en el mutualismo y durante algún tiempo colabora en la transformación sindical de la FOCH. Escribe diversos opúsculos: "Ricos y Pobres"; "La materia eterna e inteligente"; "El socialismo", etc., para divulgar su ideario socialista. De relevantes condiciones morales y personales, se suicida el 19 de diciembre de 1924, perdiendo el país su más esclarecido líder obrero. En Jorge Barriá, *op. cit.*, pp. 33-34.
33. *Ibid.*, p. 44.
34. Eduardo Galeano, *op. cit.*, p. 220.
35. *Ibid.*, p. 220.
36. Casanueva y Fernández, *op. cit.*, p. 54.
37. Uno de los recuentos más completo y acabado sobre los 24 años de vida (1919-1943) del Comintern se encuentra en la obra *La Internacional comunista - Ensayo histórico sucinto*. Editorial Progreso (Moscú). Varios autores.
38. Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, pp. 159-160.
39. Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, Tomo I, p. 27.
40. Hernán Ramírez Necochea, *op. cit.*, p. 138.

41. Julio César Jobet, *op. cit.*, p. 27.
42. Sobre el tema, véase el extraordinario trabajo de Hernán Ramírez Necochea, *Fuerzas Armadas y política en Chile (1810-1970)*. Casa de Las Américas (La Habana, Cuba), Serie Cuadernos, N° 27, 1984. Obra póstuma que la muerte del historiador dejó inconclusa.
43. Julio César Jobet, *op. cit.*, pp. 28-29.
44. Carlos Charlin, *op. cit.*, p. 108.
45. Julio César Jobet, *op. cit.*, p. 28.
46. Hernán Ramírez Necochea, "El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970", en revista *Araucaria*. Editorial Michay (Madrid). N° 1, pp. 9-33.
47. Enzo Faletto, Hugo Zemelman, Eduardo Ruiz, *Génesis histórica del proceso político chileno*, p. 58.
48. Julio César Jobet, *op. cit.*, p. 30.
49. Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperalismo en Chile*, p. 230.
50. Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile durante el siglo XIX*, p. 176.
51. Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, pp. 201-202.
52. Véase *La revolución de la Escuadra*, de Patricio Manns. Ediciones Universitarias de Valparaíso (Valparaíso), 1972.
53. Patricio Manns, *op. cit.*, p. 14.
54. *Ibid.*, p. 14.
55. *Ibid.*, p. 150.
56. Alain Angell, *Los partidos políticos y el movimiento obrero en Chile*, p. 168.
57. Hernán Ramírez Necochea, *op. cit.*, p. 248.
58. *Ibid.*, pp. 253-255.
59. *Ibid.*, pp. 236-237.
60. Sobre el tema, véase Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*.
61. Eugenio Matte Hurtado, abogado distinguido y prominente miembro de la masonería, donde ocupó el cargo de Gran Maestro, a pesar de sus vinculaciones familiares y profesionales con la

- burguesía, abrazó con fervor y sinceridad la causa de los oprimidos, poniendo a su servicio incondicional un alto idealismo y una brillante elocuencia, humana y desinteresada. Se dio a conocer con algunos editoriales y artículos valiosos en el diario "Crónica"; encabezó la revolución socialista del 4 de junio de 1932 como su caudillo civil y, a fines de ese mismo año, el pueblo de Santiago lo eligió senador, con una mayoría impresionante, mientras permanecía confinado en la lejana Isla de Pascua. A los 37 años cayó consumido por las exigencias tremendas de su labor en pro de la redención social del pueblo chileno. En el desenvolvimiento político de nuestro país existen pocos casos de abnegación que puedan parangonarse al de Eugenio Matte Hurtado. En Julio César Jobet, *op. cit.*, p. 99.
62. Marmaduke Grove se destacó desde muchacho por su espíritu altivo y orgulloso, a la vez que disciplinado y ejecutivo. Participó en el movimiento del 23 de enero de 1925 destinado a desmontar a los viejos generales que se habían aprovechado de las patrióticas intenciones de la juventud militar. Más tarde figuró entre los principales opositores a la tiranía del General Carlos Ibáñez del Campo y protagonizó la audaz aventura del "avión rojo" (desde Argentina llegó en avión a la ciudad de Concepción con el objeto de ponerse al frente de un pronunciamiento contra la dictadura. Fracaso por la desertión de los comprometidos, siendo apresado y relegado a la lejana Isla de Pascua). Encabezó la revolución popular del 4 de junio de 1932. La consigna "Pan, techo y abrigo para el pueblo" y la figura intrépida de Grove, resumieron ante las masas desposeídas la efímera experiencia socialista del 4-16 de junio de 1932. Candidato presidencial mientras estaba relegado, obtuvo la segunda mayoría después de Alessandri. Desde 1932 el grito "...Grove, Grove" resonó en los diversos rincones de Chile como el sonoro mensaje de esperanza socialista. Vuelto al país, Grove tuvo una lúcida intervención en las

- gestiones para dar vida al Partido Socialista. Encarcelado por Alessandri, el pueblo de Santiago, bajo la consigna "De la cárcel al Senado" lo llevó en forma abrumadora al Congreso, en reemplazo de Eugenio Matte. Secretario General y miembro del Comité Central del Partido Socialista de Chile. *Ibid.*, pp. 92-93.
63. Carlos Charlín, *op. cit.*, p. 723.
 64. Revista *Hoy*, Año I, N° 30. Citado en Casanueva y Fernández, *op. cit.*, p. 83.
 65. *Ibid.*, p. 82.
 66. Carlos Charlín, *op. cit.*, p. 733.
 67. Julio César Jobet, *op. cit.*, pp. 69-74.
 68. Oscar Weiss, *Del colonialismo a la revolución*, p. 56.
 69. Julio César Jobet, *op. cit.*, pp. 35-37.
 70. Sobre el tema, véase Casanueva y Fernández, *op. cit.*, pp. 84-87.
 71. Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*, p. 239.
 72. *Ibid.*, p. 240.
 73. Casanueva y Fernández, *op. cit.*, p. 91.
 74. Hernán Ramírez Necochea, *op. cit.*, p. 241.
 75. Carlos Charlín, *op. cit.*, citado en César Cerda y Guarani Pereda, "A 50 años de la República Socialista de Grove y Matte", *Cuadernos de Orientación Socialista*, Berlín, RDA 1982, p. 58.
 76. Sobre el tema, véase Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*.
 77. Carlos Charlín, *op. cit.*, pp. 764-765.
 78. El mejor recuento existente sobre el tema se encuentra en el apasionante relato de Carlos Charlín, *Del avión rojo a la República Socialista*.
 79. Véase Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*.
 80. *Ibid.*, p. 76.
 81. *Ibid.*, p. 76.
 82. Véase Julio César Jobet, *El socialismo chileno a través de sus congresos*. Editorial Prensa Latinoamericana (Santiago), 1965.
 83. La cita es de V.I. Lenin, y se refiere a la tentativa

de los comuneros. Agrega el autor sobre la actitud de Marx frente a la Comuna: "Es sabido que algunos meses antes de la Comuna (...) Marx previno a los obreros de París, aduciendo que la tentativa de derribar al gobierno sería un disparate dictado por la desesperación. Pero cuando en marzo de 1871 se impuso a los obreros el combate decisivo y ellos lo aceptaron, cuando la insurrección fue un hecho, Marx saludó la revolución proletaria con el más grande entusiasmo, a pesar de todos los malos augurios". V.I. Lenin, *El Estado y la revolución*. Editorial de Ciencias Sociales (La Habana, Cuba), 1975, pp. 37-38.

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

1. Alexander, Robert; *Trotskyism in Latin America*. Stanford University (Stanford, California), 1973.
2. Angell, Alain: *Los partidos políticos y el movimiento obrero en Chile*. Editorial ERA (México) 1974.
3. Barria, Jorge: *El movimiento obrero en Chile*. Ediciones de la Universidad Técnica del Estado (Santiago, Chile), 1971.
4. ———: *Los movimientos sociales de Chile (1910-1926)*. Editorial Universitaria (Santiago, Chile), 1960.
5. ———: *Breve historia del sindicalismo chileno*. Instituto de Administración de la Universidad de Chile (Santiago, Chile), 1963.
6. Canihuante, Gustavo: *La revolución chilena*. Editorial Diógenes (México), 1972.
7. Cardoso, F.; Faletto, E.: *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Editorial Siglo XXI (México), 1973.
8. Casanueva, Fernando; Fernández, Manuel: *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*. Editorial Quimantú (Santiago, Chile), 1973.
9. Cerda, César; Pereda, Guaraní: "A 50 años de la República Socialista de Grove y Matte". En *Cuadernos de Orientación Socialista*, (Berlín, RDA), Nº 10, febrero de 1982.
10. Charlín, Carlos: *Del avión rojo a la República Socialista*. Editorial Quimantú (Santiago, Chile), 1972. Primera edición.
11. Chelén Rojas, Alejandro: *Trayectoria del socialismo*. Editorial Astral (Buenos Aires), 1967.
12. Faletto, E.; Ruiz, E.; Zemelman, H.: *Génesis*

- histórica del proceso político chileno. Editorial Quimantú (Santiago, Chile), 1971.
13. Galeano, Eduardo: *Las venas abiertas de América Latina*. Editorial Siglo XXI (México), 1979. Vigésimo sexta edición.
 14. Guerra, S.; Prieto, Alberto: *Cronología del movimiento obrero y de las luchas por la revolución socialista en América Latina (1850-1916)*. Editorial Casa de Las Américas (La Habana, Cuba), 1979.
 15. Jobet, Julio César: *Los precursores del pensamiento social en Chile*. Editorial Universitaria (Santiago, Chile), 1955. Dos tomos.
 16. ———: *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Editorial Universitaria (Santiago, Chile), 1955.
 17. ———: *El Partido Socialista de Chile*. Editorial Prensa Latinoamericana (Santiago, Chile), 1971. Dos tomos.
 18. ———: *Recabarren: Los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chileno*. Editorial Prensa Latinoamericana (Santiago, Chile), 1955.
 19. ———: *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad*. Editorial Cultura (Santiago, Chile), 1942.
 20. ———: *El socialismo chileno a través de sus Congresos*. Editorial Prensa Latinoamericana (Santiago, Chile), 1965.
 21. ———; Chelén, Alejandro: *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile*. Editorial Quimantú (Santiago, Chile), 1972.
 22. Koval, Boris: *La gran revolución de octubre y América Latina*. Editorial Progreso (Moscú), 1978.
 23. Lafferte, Elías: *Vida de un comunista*. Editorial Lautaro (Santiago, Chile), 1957.
 24. Lavretsky, J.: *Salvador Allende*. Editorial Progreso (Moscú), 1978.
 25. Legrá, William: *América Latina Siglo XX. Breve análisis hasta 1970*. Editorial Oriente (Santiago de Cuba), 1976.
 26. Lorch, Lucy: *Guerrillero del mar - Historia de*

- Lord Thomas Cochrane. Editora Integrada Latinoamericana (México D.F.), 1979.
27. Manns, Patricio: *La revolución de la Escuadra*. Ediciones Universitarias de Valparaíso (Valparaíso), 1972.
 28. Rama, Carlos: *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo*. Editorial Palestra (México), 1967.
 29. Ramírez Necochea, Hernán: *Historia del imperialismo en Chile*. Editorial Austral (Santiago, Chile), 1970.
 30. ———: *Historia del Movimiento obrero en Chile*. Editorial Austral (Santiago, Chile), 1956.
 31. ———: *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*. Editorial Universitaria (Santiago, Chile), 1969.
 32. ———: *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*. Editorial Progreso (Moscú), 1984.
 33. ———: "El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970". En *Araucaria de Chile*, Editorial Michay (Madrid), N° 1, 1978.
 34. ———: *Fuerzas Armadas y política en Chile (1810-1970)*. Editorial Casa de Las Américas (La Habana, Cuba), N° 27, 1984.
 35. Recabarren, Luis Emilio: *Obras*. Editorial Casa de Las Américas (La Habana, Cuba), 1976.
 36. Ulbricht, Walter et al: *La Internacional Comunista - Ensayo histórico sucinto*. Editorial Progreso (Moscú).
 37. Vitale, Luis: *Historia del movimiento obrero*. Imprenta Victoria (Santiago, Chile), 1962.
 38. ———: *Interpretación marxista de la historia de Chile*. Editorial Prensa Latinoamericana (Santiago, Chile), 1972. Cuatro tomos.
 39. Witker, Alejandro: *Los trabajos y los días de Recabarren*. Editorial Casa de Las Américas (La Habana, Cuba), 1977.
 40. Furci, Carmelo: *The Chilean Communist Party and the Road to Socialism*. Zed Books (Londres, Inglaterra) 1984.